La Ilustracion Artística

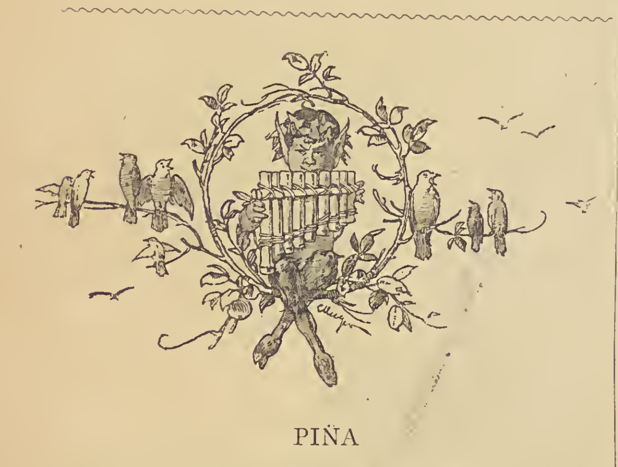
Año IX — Barcelona 21 de julio de 1890 — Núm. 447

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL CEPILLO DE LAS ÁNIMAS, fragmento de un cuadro de D. José Benlliure

SUMARIO



PIÑA

Hija del sol, habituada á las fogosas caricias del bello y resplandeciente astro, la cubana Piña se murió, indudablemente, de languidez y de frío, en el húmedo clima del Noroeste, donde la confinaron azares de la fortuna.

Sin embargo, no omitíamos ningún medio de endulzar y hacer llevadera la vida de la pobre expatriada. Cuando llegó, tiritando, estropeada de la larga travesía, nos apresuramos á cortarle y coserle un precioso casaquín de terciopelo naranja galoneado de oro, que ella se dejó vestir de malísima gana, habituada como estaba á la libre desnudez en sus bosques de cocoteros. Al fin, quieras que no, le encajamos su casaquín, y se dió á brincar, tal vez satisfecha del suave calorcillo que la procuraba. Sólo que, con sus malas mañas de usar en vez de tenedor y cuchillo los cinco mandamientos, en dos ó tres días puso el casaquín majo hecho una gloria. El caso es que le sentaba tan graciosamente, que no renunciamos á hacerle otro con cualquier retalillo.

Porque es lo bueno que tenía Piña: que de una vara escasa de tela se le sacaba un cumplido gabán, y de medio panal de algodón en rama se le hacía un edredón delicioso. ¡Y apenas le gustaba á ella arrebujarse y agasajarse en aquel rinconcejo tibio, donde el propio curso de su sangre y la respiración de su pechito delicado formaban una atmósfera dulce, que le traía vagas reminiscencias del calor natal!

De noche se acurrucaba en su medio panalito; pero de día la vivacidad de su genio no le daba lugar á que permaneciese en tal postura, y todo se le volvía saltar, agarrarse á una cuerda pendiente de un anillo en el techo, columpiarse, volatinear, enseñarnos los dientes y exhalar agrios chillidos. Si le llevábamos una avellana, media zanahoria, una uva, tendía su mano negra y glacial, de ágiles deditos, trincaba el fruto, la golosina, ó lo que fuese, y mientras lo mordisqueaba y lo saboreaba y lo hacía descender, ya medio triturado, á las dos bolsas que guarnecían á un lado y á otro su faz muequera, nos miraban con benevolencia y no sin algún recelo sus contráctiles ojos de oro, – ojos infantiles, que velaba una especie de indefinible melancolía.

Mucho sentíamos verla prisionera detrás de aquella reja de alambre; pero ¡el diablo que suelte á una criatura por el estilo! No quedaría en casa, á la media hora de haberla soltado, títere con cabeza. Un día que logró escaparse, burlando nuestra severa vigilancia, causó más averías que el ciclón. Volcó dos jarrones de flores, haciéndolos añicos, por supuesto; arrancó las hojas á tres ó cuatro volúmenes; paseó por toda la casa la gorra del cochero, acabando por arrojarla en el fogón; destrozó un quinqué, se bebió el petróleo, y por último apareció medio ahorcada en los alambres de una campanilla eléctrica. De milagro la sacamos con vida, demostrándonos una vez más su escapatoria que la libertad no conviene á todos, sino tan sólo á los que saben moderadamente disfrutarla.

Pero claro está: la infeliz Piña, al verse libre y señora, se había creído en sus florestas del trópico, donde nadie arma bronca á nadie por rama tronchada más ó menos. Pasado el desorden de su primera embriaguez, cayó Piña en abatimiento profundo, no sé si por reacción de la febril actividad gastada en pocas horas, ó si por obra de la turca de petróleo. Causaba pena verla al través del enrejado, tan alicaída, tan pálida, con el pellejo de las mejillas tan flácido y el pelo tan erizado y revuelto. Su inmovilidad entristecía la jaula, y su plañidero gañido tenía cierta semejanza con la queja sorda del niño debilitado y enfermo. Comprendimos que era preciso intentar algún remedio heroico, y al primer capitán de barco que quiso aceptar la comisión le encargamos un novio para Piña.

¡Nada menos que un novio!

Porque conviene saber que Piña conservaba el candor, la inocencia, la honestidad y todas esas cosas que deben conservar las damiselas acreedoras á la consideración y respeto del público. La flor, – si así puede decirse, – de su virginidad estaba intacta. Y aunque ningún indicio justificara la atrevida y ofensiva suposición de que Piña estuviese atravesando la sazón crítica en que las doncellas se pirran por marido, la pena y decaimiento en que se encontraba sumergida eran motivo suficiente para que le proporcionásemos la suprema distracción del amor y del hogar. Aflojamos, pues, cinco duros, y el novio, muy lucio de pelaje y muy listo de movimientos, entró en la jaula como en territorio conquistado.

¿Estaría aquel galán empapado en las teorías de Luis Vives, Fray Luis de León y otros pensadores, que consideran á la hembra creada exclusivamente para el fin de cooperar á la mayor conveniencia, decoro, orgullo, poderío y satisfacción de los caprichos del macho? ¿Se habría propuesto llevar á la práctica el irónico mandamiento de la musa popular, que dice:

> Tratarás á tu mujer
> como mula de alquiler?

¿O procedería guiado por un espíritu de venganza y resentimiento, al notar que la joven desposada le recibía con frialdad evidente y con despego marcadísimo? Lo que puedo afirmar es que, desde el primer día, el esposo de Piña (al cual pusimos el nombre significativo de *Coco*) se convirtió en aborrecible tirano. Yo no sé si medió entre ellos algo semejante á conyugales caricias: respondo sí de que, ó por exceso de pudor (raro en gentes de su casta) ó porque tales caricias no existieron, jamás advertimos que Coco y Piña, en sus mutuas relaciones, se hubiesen de otra manera sino de la que voy á referir.

Encogida Piña en un rincón de la jaula, entre girones de verdura, peras podridas y destrozadas zanahorias, llegábase á ella su marido, y bonitamente se le sentaba encima del espinazo, lo mismo que en cómodo escabel, poniéndole las dos patas sobre las ancas, y agarrándose con las dos manos al pescuezo de la infeliz, á riesgo de estrangularla. En tan difícil posición se sostenía en equilibrio Coco, sirviéndole de entretenimiento el atizar de cuando en cuando á su víctima un mordisco cruel, un impensado zarpazo ó una bofetada en los ojos. Ella trémula, engurrumicada, hecha un ovillo, se mantenía quieta, porque la menor tentativa de escapatoria le costaría mordidas y lampreazos sin número. Era inconcebible que el verdugo no se fatigase de estar así en vilo, pero no se fatigaba, y permanecía en su pedestal viviente, como los sátrapas orientales que extendían al pie de su trono una alfombra de cuerpos humanos. Si nos acercábamos á la jaula ofreciendo á la pareja alguna finecilla de dulces ó frutas, la zarpa de Coco era la que asomaba al través del enrejado de alambre, y sus papos los únicos donde iban á esconderse las fresas ó las almendras presentadas al matrimonio. Por ventura, dominada del instinto de la golosina, intentaba Piña alargar la diestra, mientras en sus ojos mortecinos, de arrugado y sedoso párpado, brillaba una chispa de deseo; pero inmediatamente los dientecillos del marido hacían presa en sus orejas, el bofetón caía sobre sus fauces, y todo conato de gula cedía ante la presión del dolor y del miedo.

Miedo, ¿por qué? He aquí el problema que me preocupaba cuando me ponía á reflexionar en la suerte de la maltratada cubanita. Su marido, por mejor decir, su tirano, era de la misma estatura que ella; ni tenía más fuerza, ni más agilidad, ni más viveza, ni dientes más agudos, ni nada, en fin, en qué fundar su despotismo. ¿En qué consistía el intríngulis? ¿Qué influjo moral, qué soberanía posee el sexo masculino sobre el femenino, que así lo subyuga y lo reduce sin oposición ni resistencia al papel de pasividad obediente y resignada, á la aceptación del martirio?

Los primeros días, en una lucha cuerpo á cuerpo, sería imposible profetizar quién iba á salir vencedor, si el macho ó la hembra, Piña ó Coco. La hembra ni siquiera intentó defenderse: echó la cabeza y aceptó el yugo. No era el amor quien la doblegaba, pues nunca vimos que su dueño le prodigase sino manotadas, repelones y dentelladas sangrientas. Era únicamente el prestigio de la masculinidad, la tradición de obediencia absurda de la fémina, esclava desde los tiempos prehistóricos. El quiso tomarla por felpudo, y ella ofreció el espinazo. No hubo ni asomo de protesta.

Y Piña se moría. Cada día estaba más pálida, más flaca, más temblona, más indiferente á todo. Ya no se rascaba, ni hacía muecas, ni nos reñía, ni trepaba por la soga. Su débil organismo nervioso de criatura tropical se disolvía; la falta de alimento traía la anemia, y la anemia preparaba la consunción. Nosotros habíamos desempeñado hasta entonces el papel de la sociedad, que no gusta de mezclarse en cuestiones domésticas y deja que el marido acabe con su mujer si quiere, ya que al fin es cosa suya; pero ante la inminencia del mal, determinamos convertirnos en Providencia, y estableciendo en la jaula una división, encerramos en ella al verdugo, dejando sola y libre á la mártir.

Pintar los visajes y chillidos de Coco sería cuento de no acabar nunca. Al ver que le ofrecíamos á Piña golosinas y alimento, sus gritos de envidia y cólera aturdían la jaula. Y al pronto Piña... ¡oh hábito del miedo y de la resignación! no se atrevía á saborear el regalo, como si aun al través de la reja, en la imposibilidad de hacerle daño alguno, le impusiese el déspota su voluntad. Con todo, según fueron pasando días renació en Piña la confianza, lo mismo que en su desollado cogote brotaba nuevamente el pelo. Reflorecía su salud, engruesaba, sus ojos de ágata brillaban, sus dientes parecían más blancos, su rabo prehensil estaba muy juguetón, y sus manos traviesas retozaban fuera de los alambres, complaciéndose en espulgar, por vía de caricia, á todo el que se acercase á su prisión. Si á esto se añade la proximidad del verano, lo suave de la temperatura, las frecuentes visitas del sol á la galería de cristales donde teníamos la jaula, se comprenderá la dicha de la esposa de Coco, su alegría y su nueva juventud, revelada en lo sedoso de su pelo y en lo rápido de sus movimientos y gesticulaciones.

Para mayor felicidad de Piña nos trasladamos á la Granja, y allí se le permitió explayarse por los jardines, subiéndose á los árboles cuanto consentía el largo de una cadenita ligera. Ella danzaba por la copa de las acacias y entre el follaje de las camelias, soñando tal vez que el cielo era, no azul celeste, sino turquí; que el bosquecillo de frutales se convertía en cerrado manglar, y que en el estanque nadaban, en lugar de rojos ciprinos, pardos caimanes que dejaban en el agua un rastro de almizcle.

Ya no la encerrábamos en jaula: nos contentábamos con amarrar su cadena, de noche, á una argollita. Cierta mañana encontramos la argolla y algún eslabón roto de la cadena, pero á Piña no. Apareció después de largas pesquisas en un alero del tejado, tiritando y medio muerta. Ebria de libertad y de luz, confundió las noches de Galicia con las luminosas y tibias noches antillanas, y el rocío, la niebla, el frío del amanecer la hirieron con herida mortal.

Expiró lo mismo que una persona, ó por mejor decir, que una criatura: tosiendo, gimiendo blandamente con la agonía estertorosa, vidriándose sus ojos y humedeciéndose sus lagrimales. Mis niños quisieron enterrarla solemnemente en el jardín; cavaron su fosa, al pie del gran naranjo *bravo*, no lejos de un pie de salvia todo florido; depositaron el cuerpo envuelto en un paño blanco; lo recubrieron de tierra, echaron sobre la sepultura flores, conchas, hasta cromos y aleluyas, y mientras los dos mayores lloraban todas las lágrimas de su corazoncito piadoso, la pequeña, haciendo trompeta con el hocico salado y ensayando los gestos y pucheros que juzgó más adecuados para expresar el dolor, pronunció estas palabras, condena del sentimentalismo y fórmula de un carácter jovial y antirromántico:

– Yo también quería llorar por la mona. ¡Pero no puedo!

EMILIA PARDO BAZÁN



GUILLERMO DÍEZ

notable pintor alemán y profesor de la Academia de Munich

Este pintor, uno de los que más honran al arte alemán y de los que á mayor altura han sabido sostener el buen nombre de la brillante escuela de Munich, nació el día 17 de enero de 1839. Su principal mérito consiste en que casi todo se lo debe á sí mismo; poco, muy poco les debe á sus contemporáneos.

En efecto; él solo aprendió el arte que con tanto éxito cultiva, porque no puede decirse que tuviera maestro el que únicamente estuvo catorce días en el taller de Piloty.

Hemos dicho que no tuvo maestro y hemos dicho mal; Díez estudió con la mejor maestra de quien un pintor puede tomar lecciones, con la naturaleza, que, descubriéndole todos sus secretos, puso ante su vista una serie de modelos tan espléndidos como variados, ya que solamente se parecían en el sello alemán que todos llevaban impreso. Desde edad muy temprana, además, demostró habilidad suma en investigar la historia artística de cuatro siglos. Desde Durero y Holbein hasta Rubens, Rembrandt, Wouwermann y Brouwer, todos dejaron sentir en él su influencia, pero sólo en el sentido de mostrarle cómo eran los tiempos en que ellos vivieron, pues en cuanto á materiales, Díez trabajaba á su manera y transformaba los que tales maestros ofrecían á su estudio y consideración. Pocos maestros ha habido que se hayan manifestado tan consecuentemente convencidos de las leyes de su arte como Díez; pocos le han igualado en la maestría con que de la más tosca primera materia que le ofrece el mundo exterior ha sabido formar obras artísticas, cuadros en toda la extensión de la palabra.

Gracias á ello, muy pronto se conquistó un puesto distinguido entre los más grandes pintores populares alemanes, tales como Enhuber, Knaus, Vanticr, Menzel, Defregger, y supo hacerse un público especialmente suyo.

En sus paisajes, los animales desempeñan un papel casi tan importante como los hombres, apareciendo unos y otros tan íntimamente unidos, tan recíprocamente necesarios que apenas se les puede concebir separadamente. En medio de la extraordinaria variedad de géneros que cultiva, esta estrecha combinación de esos dos elementos es lo verdaderamente nuevo y sorprendente que Díez ha aportado al arte alemán y lo que ha llegado á formar escuela. Por esta razón raras veces se dedica á investigar los secretos del corazón humano, á penetrar en las profundidades del espíritu, y esto que cuando tales cosas se propone sabe crear verdaderas maravillas que traen á la memoria obras análogas de Rembrandt y de Durero. Porque hay que notar que uno de los rasgos característicos de Díez, como de Lehnbach, es su afición á los antiguos con preferencia á los modernos pintores. Pero como en los salteadores de caminos, vagabundos y rudos mercenarios de la guerra de Treinta años los sentimientos delicados no suelen estar tan desarrollados como la codicia, y como en los labriegos de Dachau no aparecen aquéllos en grandes proporciones, la predilección de Díez por estos rústicos ciudadanos y por sus caras mitades armadas con sus agujas, no le dejó espacio para reproducir tiernos afectos. Por otro lado, los nobles y las damas ilustres del pasado siglo, cuyos pasatiempos, cazas y viajes tan á menudo describe, veían con frecuencia interrumpidas sus partidas de placer por las sorpresas de los merodeadores y bandidos, como nos lo muestra alguno de los cuadros que publicamos. Mas precisamente en estos asuntos el pintor en quien nos ocupamos se ha mostrado innovador, poniéndose por encima de los clásicos que le sirvieron de modelo, puesto que ha sabido suavizar la brutalidad de estas escenas, que tanto repugnan en algunos de aquéllos, con pinceladas de grato humorismo. Sus salteadores son incomparables por la alegre amabilidad con que libran á sus víctimas del peso de los bienes terrenales, como sucede con el capuchino de su cuadro, á quien los ladrones dejan tan cómodamente echado sobre un lecho de punzantes malezas. En los cuadros de este género imprime el maestro una vida y un convencimiento tales, que cualquiera creería al verlos que el pintor formaba parte de la pandilla. En presencia de sus obras nadie diría que el autor ha ido tomando cuidadosamente de sus álbums de croquis y estudios de modelos cada uno de los elementos que juntos constituyen un cuadro, sino que todos ellos y el conjunto de los mismos nacieron completamente terminados. Díez se distingue precisamente de sus contemporáneos, aun de los más célebres, en que crea con entera libertad, en que nunca traslada al lienzo lo que aun siendo natural no hace juego con la composición, en que sólo toma de la naturaleza aquello que es estrictamente necesario para sus cuadros.

Además de esto, es maestro consumado en el empleo del claro obscuro; el tono de sus pinturas es siempre rico y completo; y en punto á la armonía interna y externa de sus cuadros, pocos le igualan y nadie le aventaja, pudiéndole por esta razón clasificar de verdadero clásico en su género.

¿Cómo ha podido formarse este talento tan *sui géneris* que casi aislado surge en el arte alemán de nuestros tiempos? El proceso que á ese resultado ha conducido es tan característico y tan abiertamente contrario al moderno modo de crear, ó mejor dicho, á la moda moderna, que nos creemos obligados á describirlo, siquiera sea en pocas palabras, porque más puntos de semejanza tiene con el modo de ser de los antiguos flamencos que con la idiosincrasia de los actuales pintores alemanes.

Nacido en Bayreuth, hijo de un pastor protestante liberal más rico en hijos que en bienes de fortuna, dedicóse Guillermo Díez, apenas pudo hacerse con un lápiz, á dibujar los objetos que su imaginación concebía, pero con más frecuencia todo aquello que le llamaba su atención entre las cosas mil que le ro-



PARTIDA DE CAMPO DE NOBLES ALEMANES Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII, cuadro de Guillermo Díez



EPISODIO DE LA GUERRA DE LOS ALDEANOS, DE 1525, dibujo de Guillermo Díez

deaban. En cambio, poco adelantaba en la escuela, pero lo que no ganaba en ciencia avanzábalo en el arte de trazar retratos en las mesas, bancos y paredes. Como sus condiscípulos le compraran muy pronto sus estudios, especialmente cuando reproducían, no muy favorecida por cierto, la efigie de su dómine, creció grandemente su fama, bien que al par de ella menudearon más los castigos, que mortificaban el cuerpo tanto como aquélla halagaba al espíritu. En vista de tan felices disposiciones, decidió su padre, cuando el niño contaba doce años, hacerle entrar en la Escuela de Artes y Oficios, cuyo profesor de dibujo se aficionó desde luego al alumno, en quien en seguida reconoció no comunes dotes, y acabó por aconsejar al pastor que en vez de hacer perder el tiempo á su hijo en estudios de colegio le enviara á Munich á perfeccionar sus estudios artísticos. Así lo hizo aquél, y á los catorce años de edad ingresó Díez en la Escuela Politécnica de la ciudad indicada, después de haber presenciado en Bayreuth todas las ceremonias religiosas, asistido á todos los mercados de reses y haber acompañado con marcado contentamiento á todos los jinetes ingleses, trovadores ambulantes y vagabundos que por su lugar pasaban; ocupaciones todas que si contribuían á abrir los ojos al futuro artista, en nada ayudaban á hacer prosperar las virtudes cívicas en su alma. En Munich, en donde muy pronto hubo de verse exclusivamente reducido á sus propios recursos, desarrollóse incesantemente el talento con que siempre había concebido con rapidez y reproducido de una manera característica las cosas que á su vista se ofrecían: fué concurrente asiduo de todas las tabernas de los arrabales, encontróse en cuantos tumultos populares se producían en las puertas de la ciudad y en los mercados y que le proporcionaban materia abundante para sus estudios, y llegó á ser, de esta suerte, tan hábil dibujante que pronto pudo, gracias á sus ilustraciones de toda clase, ganarse el sustento y proporcionarse los medios de recorrer media Baviera para hacer acopio de materiales.

A los dos años trocó la Politécnica por la Academia, pero no encontrando gusto alguno ni en los dioses de yeso que le servían de modelo, ni en la enseñanza sistemática á que le sujetaban, abandonó al cabo de muy poco tiempo las aulas para emprender la vida errante que constituía su embeleso. Nunca salía sin su álbum de croquis ni regresaba sin abundante botín, y gracias á este sistema adquirió tal seguridad en el dibujo, que á partir de aquel entonces empezó á llamar la atención. En vez de asistir á la Academia, recorría las galerías ó pasaba el rato en el gabinete de los grabados y allí estudiaba á Durero y á Rembrandt, hasta el punto de que al poco tiempo conocía tan bien la vida popular de los pasados siglos como la de la época presente. Su robustez y su rudeza le captaron muy pronto la confianza de los compañeros de taberna y vagabundos, á quienes trataba como á sus iguales y que se sentían irresistiblemente atraídos por su buen humor. Así se llenaron en seguida sus álbums de apuntes de las más audaces figuras que apenas llega á divisar el que se cría y educa entre delicadezas y cuidados. Cuando Gaspar Braun le contrató para el *Fliegende Bläter* y el *Bilderbogen*, Díez se consideró dichoso y su fama como dibujante de grandes y peculiares disposiciones se extendió por toda Alemania, á la par de la que tenía adquirida Menzel.

En 1868 fué á Kiel, luego á Berlín y después á Dresde, cuyo Museo estudió con verdadero entusiasmo. Díez solía dibujar sus composiciones sin preparación alguna; por esto todas ellas rebosan vida y llevan impreso un sello particular, como se puede ver en las muestras que reproducimos y en todas las cuales aparece de una manera inimitable el carácter de la época que representan.

Cuando llegó al pináculo de la gloria como dibujante lleno de originalidad y de maestría, comenzó su carrera como pintor. En un principio trató de estudiar pintura, como hemos dicho, con Piloty, en cuya escuela dió comienzo á la *Despedida de Boabdil*; pero no habiendo logrado ponerse de acuerdo con su maestro sobre la historia del último rey moro de Granada, abandonó aquel estudio, y volviendo á su sistema autodidáctico se apasionó cada vez más por los antiguos flamencos, por Teniers, Brouwer, Wouwermann y Jan Steen, logrando identificarse tan bien con ellos, que su primer cuadro (*Merodeadores de la guerra de Treinta años que, perseguidos por los campesinos, huyen al través de un río*) despertó grandemente la admiración del público. Siguieron á él salteadores en acecho, mercenarios de Wallenstein, aldeanos sublevados, bodas y mercados anuales, asuntos todos que pintó con tendencias cada vez más independientes; y tan bien supo sorprender en cada objeto el atractivo pictórico que encerraba, que sus aldeanos de hoy regresando de la taberna apenas se distinguen de sus señores padres del tiempo de la guerra de los aldeanos, á pesar de su sorprendente verdad, gracias á que ésta, reproducida por él, nunca degenera en la insipidez moderna.



ATAQUE DE ALDEANOS, dibujo de Guillermo Díez

En 1870 y á propuesta de Kaulbach, fué nombrado profesor de la Academia, de aquella Academia que en otro tiempo había abandonado á los pocos días de frecuentarla, y en la cual logró á poco de encargarse de la cátedra crear una gran escuela, de donde han salido multitud de artistas de nota, como Ernesto Zimmermann, Rauber, Weiser, Weigand, Holmberg, etcétera. Esa escuela ha llegado á ser la más decididamente nacional de todas las escuelas alemanas, puesto que, como el mismo maestro que la fundara, se limitó á estudiar y reproducir la historia patria en el patrio territorio, y además, dando por completo al olvido la antigüedad clásica, ha revestido un carácter popular y aun diríamos mejor plebeyo.

El reanudado estudio del arte germano-flamenco aseguró en Díez una libertad, una viveza y un sentimiento del color tales, que bien pronto superó en estos conceptos á sus predecesores.



MERODEADORES, dibujo de Guillermo Díez



¡ROBADO!, cuadro de Guillermo Díez

En la vida del hombre efectuóse entonces un cambio radical; el antiguo bohemio se convirtió en un venturoso padre de familia, y este cambio influyó no poco en el modo de ser del artista, pues no sólo se dedicó con más frecuencia á la reproducción de la vida de las altas clases, como lo prueba su famoso cuadro *Partida de campo de nobles alemanes á principios del siglo décimoctavo* (existente en la Galería Nacional de Munich), sino que también sintió en lo sucesivo la necesidad de pintar escenas de familia llenas de sentimiento íntimo. Así pintó su *Adoración de los pastores*, cuadro inspirado por completo en el gusto de Rembrandt, y en el cual, al revés de lo que ocurre con los pintores holandeses, la Virgen y el Niño son dos figuras encantadoras y los demás personajes están sencilla al par que profundamente sentidos. Más simpático es quizás su *Descanso en la huída á Egipto*, en donde el artista, en otro tiempo tan rústico y más parecido á un capitán de bandidos que á un famoso profesor de la Academia, despliega un sentimiento tanto más conmovedor cuanto menos esperado podía ser en él.

Por lo demás, en Díez como en Menzel el aislamiento para conservar la independencia de su genio creador es una condición precisa de su modo de ser. Encerrado herméticamente en su taller, no por misantropía, sino para sustraerse al ruido y movimiento que obscurecerían sus propias sensaciones, cuídase muy poco ó nada de lo que hacen los demás, excepción hecha de sus discípulos, y ejerce sobre sus propias obras la más severa crítica pintando muy despacio y retocando sin cesar aquellos mismos cuadros que una vez concluídos parecen haber sido ejecutados con la mayor facilidad y soltura.

Gracias á todas estas cualidades, sus cuadros pueden ponerse al lado de los de sus predecesores flamencos sin que en la comparación salgan perdiendo las obras de su pincel salidas, que, por el contrario, adquieren cada día más valor, merced al empeño constante por parte del artista de no perdonar estudio ni medio alguno de los que conducen paulatinamente á la perfección dentro del arte.

LA REDACCIÓN

UN RETRATO

La ocupación diaria de Carlos y Mariana era regalarse mutuamente frases duras y despreciativas, idear burlas sangrientas para molestarse y causarse en fin los mayores daños.

Mariana y Carlos eran primos carnales, juntos habían pasado su infancia, tenían casi la misma edad, sus genios eran parecidos y antigua la antipatía que los separaba.

Niños resolvieron sus diferencias á cachete limpio, y si Carlos era el más fuerte, Mariana era más astuta; y unas veces era de la fuerza la victoria y otras era la fuerza la vencida.

Crecieron en años y creció también el odio que separaba á aquellos que debían ser primos queridos.

Si en la infancia su recíproca antipatía se manifestó y desahogó con palabras insultantes y groseras, bofetadas, mojicones, puntapiés y otras caricias por el estilo; con la edad se manifestó de una manera más civilizada, por decirlo así, pero también más dolorosa. Las palabras insultantes y groseras fueron sustituídas por finas ironías, y los golpes que causaron cardenales en el cuerpo, por desdenes y desprecios que hicieran sangre en el amor propio.

Contaba Carlos veinticuatro años y era de hermosa presencia y aire distinguido. No estaba desprovisto de talento y era una imaginación viva é impresionable.

Mariana era una muchacha á quien todo el mundo, menos su primo Carlos, encontraba hermosa.

Cierto día, D. Anselmo, el padre de Carlos, que veía con disgusto la antipatía que separaba á los chicos, como él los llamaba, preguntó á su hijo:

– Dime, ¿por qué odias tanto á Mariana? ¿Qué te ha hecho?

– Podría á mi vez preguntar á V., contestó Carlos, ¿por qué Mariana me odia tanto? ¿Qué la he hecho?

– ¡Bah! No es verdad que Mariana te odie. Está ofendida por tu descortesía; no te quiere porque tú no la quieres.

– Y qué culpa tengo yo de que nuestra antipatía sea recíproca. Al corazón no se le manda: es tan libre, tan desobediente, que en ocasiones, y esta es una de ellas, ni aun los lazos de la sangre respeta. Como nace la simpatía, nace el sentimiento contrario. Muchas veces se ha dicho que se ama porque se ama, y si esto es verdad, también debe serlo que se odia porque se odia. No niego que mi prima sea bonita, pero no me lo parece. Seguramente es buena, pero yo no puedo apreciar su bondad.

– ¿Y por qué?

– ¿Volvemos á la misma pregunta? Por la misma razón que el olmo no da peras. Porque no. Y dirá V. que es prima mía; pero ¿qué importa eso? Acaso las primas han de ser siempre simpáticas.

Esto decía Carlos y aun se guardaba otras cosas en el buche. Aparentaba reconocer la belleza de su prima y la encontraba de una fealdad irritante.

– Sus facciones son angulosas, se decía; su nariz extremadamente pequeña, grises sus ojos y demasiados finos sus labios. Enseña mucho los dientes cuando habla, y cuando ríe deja al descubierto las encías. Su voz es penetrante como el sonido de una cuerda de violín muy estirada; es una voz tan aguda que me lacera el alma. Hasta su nombre crispa mis nervios. ¡Mariana! Llamarse Mariana es un pecado, es el colmo de la vulgaridad. Marianas se llaman las porteras, las patronas de huéspedes, y lo que es peor, ella se llama Mariana y esto basta.

Carlos odiaba profundamente á Mariana, mientras que ésta no hacía sino defenderse. Las cóleras y los apasionados rencores de su primo le causaban risa. Le mortificaba más que por odio por el placer de verle irritado.

En cierta ocasión le preparó una broma que acabó de indisponerlos hasta el punto de que ya ni se hablaban siquiera.

Carlos era algo vanidosillo y presuntuoso. Su mayor defecto consistía en considerarse un conquistador de mujeres, un tenorio moderno.

Mariana, que conocía este defecto de su primo, se puso de acuerdo con una íntima amiga suya, que era de un carácter regocijado y travieso, y entre las dos prepararon una comedia para mofarse de Carlos y reir á su costa.



ESCENAS DE LA VIDA DEL LANSQUENET, cuadro de Guillermo Díez

Avelina, que así se llamaba la compañera de Mariana, comenzó por dirigir á Carlos tiernas miradas capaces de partir el más duro corazón. A los ojos lánguidos de carnero degollado siguieron los suspiros hondos, las tímidas sonrisas y esos mil medios de que se vale toda mujer para hacer comprender á un hombre lo que por él siente.

Cayó en las redes que le tendían el que se creía conquistador consumado, y comenzaron entre Avelina y Carlos unos amores tan románticos como los de Julieta y Romeo.

Para excitar más al engañado Carlos, fingió Avelina que sus padres se oponían á su amor.

Las apasionadas cartas que escribía el apasionado galán eran motivo de gran algazara para las dos revoltosas muchachas.

Tan adelante llevaron su broma que hicieron creer al pobre Carlos que Avelina consentía en un rapto.

Todo lo dispuso Carlos para que el rapto se llevase á cabo, y en tres días no durmió pensando en la fama que iba á darle aquella aventura amorosa y en la envidia que iban á tenerle sus amigos.

Convinieron los amantes en que se efectuaría el rapto á las ocho de la noche.

Carlos debía esperar á Avelina en la puerta de Atocha para desde allí ir á la estación del Mediodía y tomar el tren de Valencia.

Hacía ya más de hora y media que esperaba impaciente el temible seductor, cuando por fin vió llegar al sitio de la cita á la criada de Avelina.

Era ésta una gallegota ruda y fea.

Carlos al verla la preguntó:

– ¿Qué recado te ha dado para mí la señorita?

– Primeramente me ha dicho que le diga que aquí me tiene V.

– Bien, ¿y qué más?

– Seguidamente que puede V. llevarme adonde quiera, porque yo no me opongo al... al... no recuerdo cómo dijo. ¡Ah!, sí, al rapto; eso es, al rapto.

Carlos comenzó á comprender la broma y sintió que la cólera le ahogaba.

– Conque, ¿dónde me lleva V.?, preguntó la gallega.

– Al demonio, contestó Carlos.

– También dijo la señorita que si no me llevaba á ninguna parte, ni me convidaba á café, ni siquiera me daba una propina, que le entregara á V. estas cartas.

Abrió Carlos el paquete que la gallega le entregó y vió que eran las cartas que había escrito á Avelina, y además un billetito que decía así: «Querido primo: He sabido la locura que ibas á cometer y he logrado estorbar *que una infame seductora* te arrancase de los brazos de tu papá. Te devuelvo esas cartas que tanto comprometen tu buen nombre.

»Para que juzgues de las malas intenciones de tu seductora, sabe que las cartas que de ella tienes, firmadas por precaución con la inicial de su nombre, están escritas por un memorialista. No te pido que me agradezcas este pequeño servicio. Estaba obligada á hacerlo tu afectísima prima: *Mariana.*»

Carlos no pudo tomar venganza de esta sangrienta burla y decidió como el mejor partido que podía seguir romper toda clase de relaciones con sus burladoras y dejar de asistir á los círculos por ellas frecuentados. Pasó algún tiempo y Carlos llegó á olvidar la broma de que había sido objeto y hasta el nombre de su prima.

Pasado el escozor que le causó la herida que hicieron en su amor propio, casi la agradeció que, como no estaba desprovisto de talento, sirvió para corregirle de su necia vanidad, de sus pretensiones de Lobelace.

Sentía Carlos gran afición á la pintura y visitaba los estudios de los pintores más distinguidos de Madrid.

Hallándose un día en el estudio del célebre pintor M. vió colocada sobre un precioso bargueño una fotografía de mujer que había tenido el extraño capricho de retratarse de espaldas.

El original de la fotografía parecía tener una arrogante y elegantísima figura. Tan hermosa le pareció aquella mujer, que distraído y sin darse cuenta de lo que hacía, dió vuelta al retrato creyendo poder ver la cara de aquella mujer.

Su distracción hizo que se riera de sí mismo, pero también le produjo cierta contrariedad, pues hubiera querido averiguar si la cara del original estaba en armonía con su elegantísima figura.

Preguntó al pintor si sabía quién era el original de aquel retrato.

– No lo sé, contestó el pintor, ni recuerdo cómo ha venido á mis manos.

Será todo lo inexplicable que se quiera, pero es lo cierto que Carlos sintió verdadero empeño en descubrir quién fuera aquella mujer y en ver su cara.

– ¿Será bonita?, pensaba. ¿Será fea? Es lo más probable, y por ser fea se habrá retratado de espaldas. ¡Qué mujer no siendo fea oculta su cara!

Llegó á preocuparle tanto esta idea que pensó en poner los medios para satisfacer su curiosidad.

Al pie del retrato se leía el nombre del fotógrafo: García. – Carretas, 23.

Fué en su busca y ya no vivía allí el tal fotógrafo.

Después de muchas fatigas consiguió averiguar que García había traspasado su establecimiento, y dió al fin con el que buscaba, pero nada pudo averiguar.

Tan apasionado y extravagante era el carácter de Carlos, que casi se sintió enamorado de una mujer á quien no conocía más que por un retrato y de espaldas.

Hacía ya algún tiempo que padecía esta chifladura, como hoy se dice, cuando un día tuvo precisión por cuestión de negocios de ir á visitar al padre de Mariana.

Entró en un gabinete y quedóse grandemente sorprendido al ver á una mujer que le daba la espalda, pues se hallaba en el balcón mirando hacia la calle y que parecía el original del retrato.

Es ella, pensó. No hay en el mundo figura como la suya. Que cabeza tan artista, que cuello tan gentil, que talle tan esbelto, que...

– ¡Hola, primo! ¿Cómo tú por aquí? ¿Cómo te dignas visitarme?

Ni una sola palabra pudo articular Carlos; tanta era su sorpresa y su extrañeza.

Pero lo más raro del caso es que su prima le pareció preciosa. Sus labios demasiado finos eran dos corales que se entreabrían para dejar ver unos blanquísimos dientes y unas sonrosadas encías; sus ojos no eran grises, eran verdes como las esmeraldas; su voz era penetrante, y hasta el alma le penetró haciéndole sentir una dulcísima impresión.

En aquella primera entrevista, después de su total rompimiento de relaciones, estuvo Carlos tímido y encogido, y por primera vez en su vida, cortés y galante con su prima.

Reanudáronse las relaciones, y poco á poco las antiguas antipatías desaparecieron.

Cuando ya había renacido entre ellos la confianza, dijo un día Carlos á Mariana:

– ¿Quieres hacerme el favor de colocarte de espaldas á mí y estarte un momento quieta?

– ¿Para qué es ese capricho?



LA CANTINERA, cuadro de Guillermo Díez

– Una extravagancia si quieres, pero sé complaciente, te lo ruego.

– Como quieras. ¿Estoy así bien? ¿A quién me parezco por detrás?, preguntó Mariana riendo.

– Te pareces á la única mujer á quien yo quiero.

Después de esta declaración, ya adivinará el lector lo que pasó. Se ruborizó Mariana, quiso disimular su rubor riendo á carcajadas; preguntó Carlos si Mariana compartía sus sentimientos y ella cerró los labios, pero contestó con los ojos, y abriendo el piano hizo sonar repetidas veces la nota *si*.

A los dos ó tres meses de esta escena se había ya concertado formalmente el matrimonio entre los primos que antes tanto se odiaban.

Pocos días antes de leerse la primera amonestación, preguntó Mariana á Carlos:

– ¿Quiéres explicarme cómo tan de repente te enamoraste de mí?

Refirió Carlos la historia del retrato y supo entonces que su prima, por complacer á un amigo de su padre, que era pintor y que quería hacer un estudio de una mujer vista de espalda, la había suplicado que se retratara en aquella posición.

La alegría de Carlos fué inmensa, pues hasta entonces había empañado su felicidad la duda de que no fuera su prima el original del retrato.

Se verificó el matrimonio y no hubo en el mundo hombre más feliz que Carlos.

Pasaron dos años

Un día hicieron, marido y mujer, conversación sobre la historia de la fotografía. Contó Carlos todos los pasos que había dado para encontrar al fotógrafo. Le nombró, y entonces Mariana se echó á reir y dijo:

– ¿Dices que se llamaba García el fotógrafo? ¿Y vivía en la calle de Carretas?

– Sí; pero á qué viene esa risa.

– A que tiene mucha gracia que no fuera de mí de quien te enamoraras. Yo me retraté en casa de Otero.

Carlos amaba mucho á su mujer y, sin embargo, le causó mucha pena saber que no era ella la mujer á quien con tanto afán buscó.

Desde entonces ya no fué su dicha completa, porque le perseguía esta idea: ¿Sería más bonita la otra?

La casualidad le dió contestación á esta pregunta.

Una noche se sintió repentinamente enferma su mujer, fué Carlos en busca de un médico, y cuando á los dos ó tres días, pasada ya la ligera indisposición, fué á pagar al médico sus honorarios, vió sobre la mesa del despacho un cuadrito y en él el retrato causa de su matrimonio, pero aquél era el auténtico; á su pie se leía: García. – Carretas, 23.

Excitado por la curiosidad, y pidiendo mil perdones al médico, le rogó le dijera de quién era aquel retrato.

– De mi mujer, dijo el médico. ¡Ya murió la pobrecilla!

– Y dígame V., añadió Carlos: ¿á que se debió el capricho de retratarse así?

– Vea V. la explicación.

Abrió el médico un cajón de su mesa y sacó otro retrato que entregó á Carlos.

– ¡Jesús, qué mujer tan horrible!, dijo éste sin poder contenerse.

– Es mi mujer.

Pidió mil perdones Carlos y salió de la casa todo confuso y turbado.

– De buena me he librado, pensaba.

Refirió el final de la historia á su mujer, me la refirió á mí y yo se la refiero á V., y con mi firma doy fe de que es cierta, y muy cierta.

Rafael M.ª Liern



El vivandero, cuadro de Guillermo Díez

Los palomares militares marítimos

Sábese que las potencias extranjeras han dado gran desarrollo á la organización del servicio de palomas viajeras. Desde que Alemania confió la dirección de sus palomares militares á especialistas, los resultados obtenidos han sido tales, que se ha elevado á 50.000 marcos la consignación para las correspondencias militares llevadas por palomas, y que el emperador en persona se ha constituído en presidente de la Federación de las Sociedades colombófilas alemanas.

Se ha provisto á los puertos de Kœnigsberg, Dantzig, Stettin, Stralsund, Stade, etc., de palomares marítimos que, de concierto con las sociedades colombófilas del litoral, servirán especialmente para la marina de guerra alemana, así como Rusia ha formado brigadas aladas para establecer comunicaciones entre sus cruceros y sus puertos del Báltico.

Los daneses, bajo la dirección de M. Holboll, que formaba parte del último Congreso colombófilo del Trocadero de París, han instalado esta clase de palomares en el Sund y el Caltegat. Hace doce años que las palomas inglesas ejecutan todas las etapas entre Cherburgo y la Rochela.

Los italianos tampoco se han quedado atrás: los palomares marítimos de las costas adriática y tirrena han sido reforzados en vista de la misión importante que pueden desempeñar en las operaciones navales. Todos los días se hacen pruebas, y una de ellas ha sido presidida recientemente por el almirante Lovera di María.

Por su parte, el Ministro de Marina se ocupa activamente en poner á su disposición exclusiva palomas viajeras en número suficiente; ya puede contar con los palomares civiles de Marsella y Tolón; hace poco el palomar militar marítimo de Brest ha dado principio á la enseñanza de sus aves, y todo induce á creer que este nuevo medio de rápida comunicación quedará organizado en breve sobre bases completas.

Efectos del rayo en los árboles. – Es sabido que caen rayos con frecuencia en los robles y encinas, mientras que aquéllos parecen respetar el haya. El mayor ó menor peligro que puede presentar el ponerse al abrigo de un árbol durante una tormenta, desde el punto de vista de la electricidad atmosférica, depende de su altura, de la conductibilidad mayor ó menor que le da la relativa abundancia de savia, y por fin de la carga eléctrica que se le puede comunicar.

Ultimamente se han hecho algunos experimentos muy sencillos que parecen probar que la naturaleza de las hojas entra como factor importante en las acciones eléctricas. Al paso que las hojas de la encina son enteramente lisas, las del haya roja son muy velludas; puestas en una máquina eléctrica de disco de vidrio, las hojas del haya disipan la carga eléctrica merced á las innumerables puntas que tienen, de suerte que no puede conseguirse sino la mitad de la tensión á que se llega cuando las ramas de haya están reemplazadas por otras de encina. Se ha observado también que una hoja de haya puesta sobre un conductor cargado disipa la carga mucho más rápidamente que una de encina.

Estos experimentos prueban que la naturaleza de las hojas ejerce gran influencia en el peligro que ofrecen como abrigo varios árboles, y que las hojas velludas como las del haya parecen impedir la acumulación de la carga eléctrica.

Fusil de gas licuado. – Los inventores de armas mortíferas no se dan punto de reposo para *perfeccionarlas* ó introducir nuevos adelantos en el arte de la guerra. Hace pocos días que M. Giffard ha ideado un nuevo fusil que en lugar de disparar el proyectil con pólvora más ó menos ruidosa ó sorda, con ó sin humo, lo efectúa por medio de un gas licuado. Este gas es el ácido carbónico contenido en un depósito á modo de cartucho, puesto en la parte inferior del cañón.

Así, pues, el principio esencial de la nueva arma es obtener el trabajo necesario para el disparo de la bala, no de la conflagración de la pólvora, sino de la expansión del gas ácido carbónico líquido comprimido. El órgano esencial del aparato es el cartucho que contiene este gas: lo constituye un tubo de acero, cerrado en su parte superior con un tapón del mismo metal atornillado. La parte inferior del cartucho lleva una válvula automática de muelle, con la cual está en relación una aguja percutora. En el acto de oprimir el pie de gato como en los fusiles comunes, cae sobre la aguja percutora, la que acciona directamente sobre la válvula de expansión del gas líquido; á cada golpe se escapa por ella una corta cantidad de líquido que se convierte en gas instantáneamente, y suministra la tensión necesaria para el disparo del proyectil. El cañón de acero está atornillado á la culata metálica, que lleva una llave destinada á la introducción de la bala. El extremo inferior del cañón de proyección está obturado con un tapón metálico que sirve para graduar el tiro y que se puede sacar fácilmente para reconocer el interior.

El cartucho ó depósito de ácido carbónico licuado es susceptible, según su dimensión y el calibre de las armas, de disparar quinientos tiros seguidos.

Sección americana

El caballero sin cabeza

(Conclusión)

VIII

Así continuaron las cosas por algún tiempo sin producir resultado definitivo, hasta que una tarde de otoño, hallándose nuestro dómine en la escuela, rodeado de muchachos, con el mango de las disciplinas cogido á manera de cetro y la mesa cubierta de artículos prohibidos que acababa de decomisar, tales como manzanas, cañones de caña, cajas de moscas y pájaras de papel, entró un negro, enviado extraordinario del Sr. Van-Tassel, para invitarlo en nombre de su amo á un banquete que tendría lugar en la granja al anochecer de aquel mismo día.

No bien hubieron los chicos traslucido el objeto de la embajada, se levantaron en tropel, y arrojando



LLAMO PARA UN BAUTIZO, cuadro de Chevillard



LA REVOLUCIÓN, grupo destinado al monumento que en honor á Garibaldi se levantará en Milán

Escultura de Héctor Jiménez, grabado de Mancastroppa

los libros por alto y los bancos por el suelo y dando voces y gritos descompasados, salieron fuera á todo correr y saltar. No hubiera hecho menos el tío Puntero á no contenerlo la gravedad que requería su ministerio.

Media hora bien cumplida pasó el enamorado maestro acicalándose delante de un espejillo y cepillando la levita de ceremonia que estaba zurcida, pelona y lustrosa por todas partes. Hecho lo cual, salió en busca de su amigo Van Ripper para que le prestase un caballo. A fuer de narrador exacto debo hacer una breve descripción del caballejo y arreos del tío Puntero. Era el tal un penco de arriero, flaco, sin pelo en el lomo, con el cuello largo y recto; la cabeza de forma de martillo, escaso de crines y de cola y un si es ó no rengo. No debió faltarle mérito en su juventud, puesto que su amo le puso por nombre *Polvorín*, y que con él se le conocía por todas las carreteras y veredas á cincuenta leguas á la redonda. En cuanto al tío Puntero era digno de su rocín.

Pues, como iba diciendo, era un día de otoño; en el cielo no se percibía la más leve nubecilla, y el sol poniente bañaba con colores de púrpura la campiña, cuyo silencio interrumpía el canto de los pájaros encaramados en las copas de los árboles, bajo los cuales proseguía pacíficamente su camino el héroe de nuestra historia contemplando lleno de placer los tesoros de la naturaleza.

Aquí arbustos cargados de sabrosos frutos; allí laderas cubiertas de maíz: por un lado el mar de Tappan, terso y luciente como una luna de Venecia; por otro el Hudson, en el que se divisaba un bergantín; y como el cielo se reflejaba en las tranquilas aguas del río, confundiéndose con él en el horizonte, el buque parecía estar suspendido en los aires por mano invisible.

Un paso tras otro, á la puesta del sol, llegó el tío Puntero á la granja de Van-Tassel, donde halló reunida á la flor y nata de la vecindad. Los viejos se habían vestido con la mejor ropa: calzón corto, medias azules y zapatos de suela doble y claveteada, con hebillas de estaño. Las mujeres traían faldas largas, y colgando de la cintura las indispensables tijeras; sombrerillos de paja y trajes blancos diferenciaban á las solteras de las casadas, y espesas filas de botones de cobre á los mozos de los que no lo eran. En lo que todos los hombres estaban iguales era en la piel de anguila, dentro de la cual metían la coleta por considerarse esto en el país como preservativo infalible del cabello.

Sansón, el héroe de la fiesta, llegó en aquel punto, caballero en su potro favorito, animal, como su amo, lleno de vida y fogosidad.

Nadie sino Van-Blunt se atrevía á montarlo á causa de su genio, circunstancia de mucho mérito á sus ojos, porque según él los caballos mansos sólo eran propios de mujeres, en tanto que los hombres de pelo en pecho debían montar los más briosos y de peor condición.

IX

Pero volvamos á nuestro dómine, que al poner la planta en el comedor de su amigo quedó en éxtasis, contemplando, no las gracias y encantos de las hermosas zagalas, sino el espectáculo que ofrecía la mesa cubierta con inusitada pompa culinaria de pirámides de pastelillos, de promontorios de tortas, de grandes jamones y trozos de carne ahumada, de pavos rellenos, de gansos en salsa y gallinas asadas, todo condimentado de la manera más golosa.

De más está decir que el dómine hizo el honor debido á tan opíparo y suculento banquete; que comió sentado y de pie, pero siempre con gula insaciable; y que como su corazón se hallaba sin duda en contacto y vecindad moral muy cercana de su estómago, á medida que éste iba llenándose, aquél se dilataba, pudiendo muy bien decirse que, así como otros se alegran y achispan con el vino, el tío Puntero se emborrachaba comiendo, y entonces acariciaba su mente con las más placenteras imaginaciones. Aquella vez le dió por halagarse con la idea de ser, con el tiempo, dueño y señor de tantas grandezas como delante de sus ojos tenía desparramadas. Si llegaba ese caso, ¡con cuánta voluptuosidad abandonaría entonces para siempre la escuela! ¡Y con cuánto placer volvería la espalda al Sr. Van Ripper y demás tacaños protectores! Y sobre todo, ¡con cuánto gusto echaría de su casa á puntapiés á los pedagogos errantes que cometiesen la torpeza de llamarle colega!

Mientras, el viejo huésped, con la cara más risueña que unas Pascuas, se paseaba entre los convidados y hacía los honores de la casa como Dios le daba á entender. Concluída que fué la merienda dejáronse oir los acordes de la música, invitando al baile á los convidados. La orquesta se componía de un negro casi enano armado de un violín, con el cual hacía medio siglo que marcaba el compás á los bailarines de Valdormido.

El tío Puntero, que también tenía sus pretensiones de danzante, no quiso echar en saco roto la ocasión que se presentaba de oprimir el esbelto talle de Catalina, y, en efecto, la invitó á bailar, cosa en la cual vino ella con mucho gusto, mientras el bárbaro de Sansón, al verla sonreir á su rival, comenzó á rumiar no sé qué proyectos de venganza.

Terminada que fué la danza, se acercó el tío Puntero á un grupo donde los padres graves departían á media voz, entre bocanadas de humo, acerca de algunos episodios de la guerra de la Independencia.

Habíaseme olvidado decir que la parte aquella de Valdormido era, en la época de que voy hablando, una de las localidades más abundantes en anécdotas y hombres grandes que pueda imaginarse. Porque como las tropas inglesas y americanas la castigaron tanto durante la guerra, y fué teatro de todos los horrores militares, y como además había transcurrido un espacio de tiempo suficiente para permitir á los contemporáneos salpicar sus relaciones de mentirillas y hasta para convertirse en héroes de alguna proeza, de aquí el que á cada paso se oyeran referir hazañas por aquellos inofensivos colonos, capaces de causar envidia á los mismos Doce Pares de Francia.

Quién había rendido una fragata inglesa, batiéndola desde tierra con un pedrero, quién había partido en dos con su sable una bala enemiga que venía silbando por los aires; quién... pero todas estas cosas eran menudencia y barreduras, comparadas con las historias de apariciones, que venían después como de molde. Creo haber dicho al principio que, bien por efecto del ambiente soporífico que se respiraba en Valdormido, bien por otra causa cualquiera, sus hijos son los más grandes visionarios del universo; y siendo esto así, fácil es comprender el sinnúmero de patrañas que se contarían al socaire de la morada del Sr. Van-Tassel aquella noche serenísima. Allí salió á relucir la medrosa relación de los gritos y lamentaciones que solían oirse junto al árbol donde fué preso el desgraciado mayor André (1), y la no menos lúgubre de la mujer vestida de blanco que se paseaba por el sombrío valle de Raven Rock, dando gemidos cuando barruntaba mal tiempo; pero las correrías del Caballero sin cabeza á quien últimamente se había visto pasar á galope por las cercanías de capilla, fueron, como era natural, las que más ocuparon las lenguas y preocuparon los ánimos de los buenos *dormilones*.

Y por cierto que la posición aislada de la capilla se prestaba perfectamente á servir de punto de reunión á todos los espíritus inquietos de la comarca. Porque, asentada en un montecillo, frente al cementerio, circundada de olmos y encinas por entre cuyo espeso ramaje brillaban sus blancas paredes, á poco trecho de un extenso arroyo y con matorrales y pantanos por todas partes, era lugar, como ya dejo dicho, especialmente de noche, que ni hecho de encargo podía ser más á propósito para las congregaciones de almas en pena.

Demás está decir que todas estas fantásticas historias penetraron profundamente en el corazón del tío Puntero, metiéndoselo en un puño, como suele decirse, y predisponiendo su espíritu á creer en cuanta patraña pueda imaginarse.

Así las cosas, comenzó á disolverse la reunión, y los unos á caballo, los otros en carros, tomaron el camino de sus casas. No así el tío Puntero, quien, según la costumbre de todos los enamorados, se quedó el último para consagrar algunos momentos á la señora de su corazón. ¿Qué pasó durante la entrevista? Lo ignoro; pero nada bueno pudo ser, cuando al cabo de un corto espacio el dómine salió de la galería con las orejas gachas, se dirigió á la caballeriza, despertó á puntapiés á *Polvorín*, colocó sobre su espina dorsal la silla, y dejándose abierta de par en par la empalizada, hizo rumbo hacia su cabaña.

X

No tengo bien presente si dije á los principios de esta verdadera historia que para volver á casa del tío Puntero como quien va de la del Sr. Van-Tassel, era preciso pasar un puentecillo desvencijado, viejo y peligroso por demás, y que en sus inmediaciones solía apostarse el ya nombrado caballero alemán para dar sustos á los viajeros nocturnos.

Ahora bien: el tío Puntero, que llevaba el alma entre los dientes con este motivo y el corazón como se lo había puesto la ingrata y coquetísima de Catalina, tiritó de frío al oir en lontananza que daba la una en el reloj de la parroquia. Tanta era la soledad y tan grande y completo el silencio que reinaba aquella noche, que el tío Puntero percibía el canto de los gallos á media legua de distancia. Nunca se había visto más solo. Ninguna señal de vida se advertía á su alrededor, como no fuese el canto de los grillos y las notas guturales de las ranas.

Viniéronsele entonces á la memoria todas las historias de fantasmas, duendes y aparecidos que poblaban su cerebro, y empezaron á desfilar delante de sus ojos. Como para ahuyentarlos arreó dos fuertes talonazos á su rocín, y avanzó más que de paso por el camino que conducía al puente. A un lado de la vereda se alzaba un árbol de proporciones colosales, cuyas largas y nudosas ramas se extendían á gran distancia en todas direcciones. Allí fué preso durante la guerra de la Independencia el desgraciado André, y por esta causa era considerado por las gentes sencillas y vulgares con respeto supersticioso.

A doscientos metros próximamente del árbol corría un arroyuelo que iba á perderse en las marismas, y sobre el arroyo estaba el puente. Cuando iba ya el tío Puntero á entrar por él, percibió un ruido sospechoso del lado de la laguna, como si viniera por aquella parte un jinete á galope. En efecto, al punto se le apareció una figura colosal, informe, negra é imponente, guarecida en un matorral, montada, al parecer, en un caballo y en actitud amenazadora.

Erizáronsele al dómine los cabellos al darse de narices con aquel aparecido tan á deshora. ¿Si sería el alma en pena del mayor André? ¿Si sería el caballero de marras? ¿Qué hacer? Porque volver grupa y huir no era posible, sin exponerse á mayores peligros tal vez ¿Quedarse quieto? El tío Puntero no tenía corazón para estarse quieto. Recurrió, pues, al medio de todos los cobardes: la fuga, la vergonzosa fuga; y dando de palos á *Polvorín* lo sacó casi escapado por la cenagosa ribera. Pero no bien hubo hecho esto cuando ya el aparecido lo seguía de cerca. Sin dejar de correr volvió la cabeza, y á favor de un rayo de luna que salía por entre unos árboles, pudo ver á su perseguidor, que no era otro sino un hombre de colosal estatura; y ¡cuán grande no fué su horror al advertir que, en vez de tener la cabeza sobre los hombros, la llevaba descansando en el arzón de la silla! Ya no quedaba duda: ¡era la fantasma de Valdormido! Frenético, loco de horror, obligó á *Polvorín* con pies y manos, atronando la selva con sus desaforados gritos, y sin cuidarse del camino que seguía, sino sólo de salvarse de las garras del aparecido. ¡Vano empeño! El jinete lo adelantó, y volviendo de repente su caballo, se detuvo en mitad del camino como para cortarle el paso. Detúvose también *Polvorín*, y entonces sacando el tío Puntero fuerzas de flaqueza, dió una gran voz y dijo á su contrario:

– ¿Quién eres? ¿qué me quieres?

Los ecos de las montañas vecinas repitieron las palabras del dómine.

– ¿Quién eres? volvió á gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

Entonces la visión, levantando con ambos manos su cabeza colosal, dijo con voz medrosa estas terribles palabras: «Soy el caballero errante de Valdormido,» y sin dar más explicaciones se la tiró á la cara con la violencia de un cañonazo.

El tío Puntero cayó al suelo cuan largo era, y su cabalgadura pisándose las riendas desapareció en el bosque, juntamente con el caballero fantasma...

Al día siguiente hallaron unos pastores en aquel sitio un sombrero abollado y una enorme calabaza hueca, rota por algunas partes . . . .

. . . .

XI

Un viejo que vino á Nueva York muchos años después, me dijo que el tío Puntero vivía sano y bueno; que si había desaparecido de la vecindad fué por miedo á la fantasma y por no ver á la veleidosa Catalina, que, primero, se estableció en un lugar apartado y puso escuela, y que luego después de haber estudiado leyes, obtuvo una plaza de juez, destino que desempeñaba en aquel entonces.

Demás parece decir al dar fin y remate á la presente historia, que Catalina entregó su blanca mano al bruto de Sansón, quien siempre que se hablaba del tío Puntero y de la calabaza descubierta por los pastores en el sitio de la catástrofe, daba una estrepitosa carcajada, lo cual hizo sospechar á los más avisados que sabía del asunto algo más de lo que le convenía decir.

En cuanto á las viejas del valle, siguieron creyendo hasta el fin de sus días en la desaparición sobrenatural del tío Puntero, y en el *Caballero sin cabeza de Valdormido.*

Traducido por M. Juderías Bénder

(1) Oficial que murió trágicamente en la guerra de la Independencia. – N. del T.

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA NAVEGACIÓN SUBMARINA

LAS PRUEBAS DEL «GOUBET»

Una de las más atrevidas concepciones que el hombre haya podido soñar, la de la navegación submarina, ha dado lugar desde hace muchísimo tiempo, pero sobre todo en estos últimos años, á innumerables experimentos. Los que hace poco llevó á cabo el barco submarino de M. Goubet merecen ser consignados como especialmente interesantes. Desde 1886, en que M. Goubet terminó su torpedero submarino hasta la fecha, el inventor no ha introducido en él ninguna modificación importante y sí solamente algunos perfeccionamientos de detalles que en nada han variado el principio de la construcción. El más interesante de estos perfeccionamientos es, sin duda, la adición de un tubo óptico.



Fig. 1. – Prueba del submarino *Goubet* practicada en Cherburgo en 1.° de febrero de 1890. El *Goubet* cerrando su porta. (De una fotografía)



Fig. 2. – Lancha llevando víveres á los tripulantes del *Goubet* sumergido. 1.° de febrero de 1890. (De una fotografía)

El mayor defecto que algunos achacaban al nuevo torpedero, como á todos los barcos submarinos, era que, una vez sumergido, nada podía saber de lo que ocurría en la superficie del mar y, por consiguiente, érale imposible mientras duraba la inmersión comprobar directamente su ruta.

Este inconveniente, mucho menor en la práctica de lo que al pronto parecía, pues la vista se acostumbraba progresivamente á las obscuridades de los abismos, no existe ya en la actualidad, pues el *Goubet* posee un tubo óptico, instrumento de maravillosa sencillez, gracias al cual el barco puede, estando completamente sumergido, ver á lo lejos en la superficie del mar y por lo tanto gobernar como si marchara inmergido en la condiciones de la navegación ordinaria.

El tubo óptico. – Dos prismas de reflexión total ajustados á los dos extremos de un tubo que atraviesa el casco del barco, constituyen la parte esencial de este aparato. Durante los períodos de inmersión, si el que gobierna el submarino quiere ver lo que pasa fuera no tiene más que remontarse suavemente hasta pocos centímetros de la superficie del mar, cosa sumamente fácil, dado que M. Goubet ha resuelto el difícil problema de asegurar la estabilidad de su torpedero á cualquiera profundidad. Si en tales condiciones se hace salir fuera de la superficie líquida el extremo superior del tubo óptico, los rayos luminosos, penetrando directamente y sin desviación en el prisma por su cara normal á la línea del horizonte, experimentan una reflexión total al llegar á la cara inclinada y son dirigidos al segundo prisma, que después de hacerles sufrir otra acción análoga los envía al ojo del observador. Gracias á esto, el que dirige el barco ve delante de sí en su posición exacta todo lo que cae dentro del campo visual de su aparato, y si quiere ver lo que pasa detrás le bastará para lograrlo hacer describir al tubo que sostiene el prisma emergente un ángulo de 180°, sin variar la posición del prisma inferior.

El tubo óptico puede estirarse hasta 30 ó 40 centímetros sobre el casco, y para protegerle contra todo accidente durante las grandes inmersiones puede encogerse hasta la línea de aquél: para evitar todo choque va provisto de un capuchón metálico. Otra ventaja del tubo óptico es que difícilmente por él puede descubrirse la presencia del torpedero, porque al salir á la superficie parece un gran tapón de corcho flotante que el más insignificante oleaje hace invisible, además de que sólo podrá ser visto á una distancia demasiado grande para llamar la atención del más vigilante centinela, pues al llegar á la zona peligrosa, el torpedero, que con auxilio de la brújula ha podido observar exactamente la posición del acorazado que quiere atacar, retira su tubo, y sólo después de haberse sumergido algunos metros realiza su misión devastadora.

Pero ocupémonos ya en las pruebas verificadas en los días 1.° de febrero y 13 de abril de este año en Cherburgo, en la concha del Comercio, en presencia de varios periodistas y de gran número de curiosos, entre los cuales había muchos marinos. En las de 13 de abril, á que asistimos, vimos por dos veces en un mismo día al submarino, maniobrar con una precisión y una seguridad perfectas, con movimiento ora rápido, ora lento, avanzando de un modo insensible y, á pesar de esta falta de fuerza viva, haciendo sus evoluciones con tanta facilidad y con tanta ó más precisión que un barco ordinario lanzado á toda velocidad, sumergiéndose y saliendo á la superficie, orientándose en medio del agua sin vacilación y dando, por último, una demostración completa de su habitabilidad.

La primera serie de pruebas tuvo lugar por la mañana y se ejecutó estando el agua bastante límpida. Después que hubimos subido á bordo de cinco pequeños torpederos anclados á pocos metros de una balsa de 6 por 3'50 metros que sirve de amarradero al *Goubet*, los dos hombres que constituyen la tripulación del submarino penetraron en éste: muy pronto, soltadas las amarras, el *Goubet* se alejó suavemente y comenzó á sumergirse con extremada lentitud, practicando á la vez algunas evoluciones; luego vino á situarse perpendicularmente á la línea de los cinco torpederos, y una vez allí detuvo su marcha y se sumergió lentamente hasta encontrar el nivel exacto para pasar por debajo de aquéllos sin tocarlos, operación nada fácil, ya que siendo allí la profundidad de la concha de unos 6 metros y calando los torpederos 1'50, sólo quedaba un espacio de 4'50, y como la altura total del *Goubet* es de 1'80 era preciso que éste calculara con gran precisión la profundidad á que debía descender para pasar sin menoscabo entre el fondo de la concha y la quilla de los torpederos.

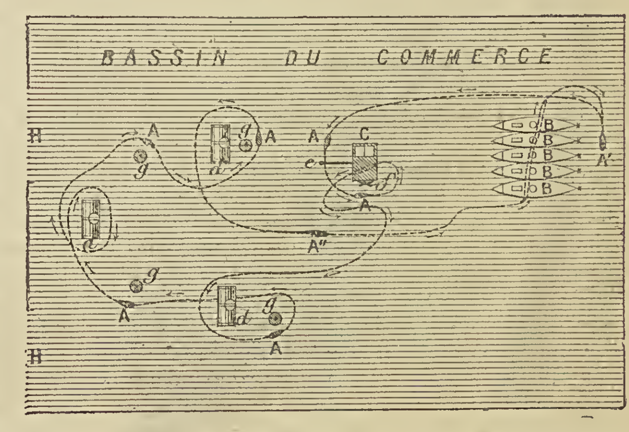


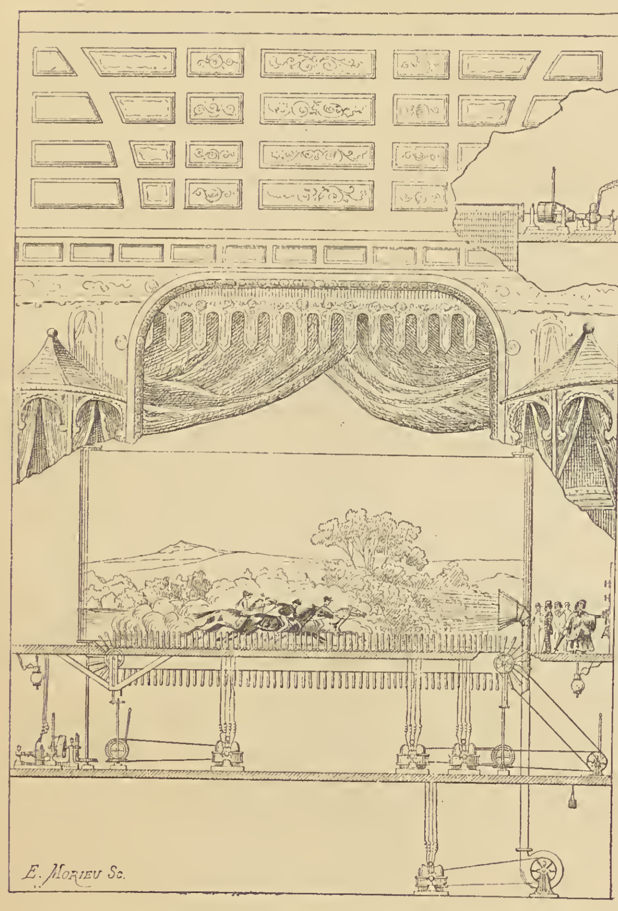
Fig. 3. – Trazado del camino recorrido por el *Goubet* durante las pruebas públicas de 13 de abril de 1890 en Cherburgo. – A, El *Goubet* estaciona delante de los cinco torpederos B. – G, Balsa inmovilizada por medio de áncoras – *dd*, Boyas de amarradero. – *e*, Percha móvil. – *f*, Hélice. – *gg*, Pequeñas boyas. – HH, Puertas de comunicación de la concha con el mar abiertas. – AAAA, El *Goubet* á diversas profundidades. – La línea de puntos doble indica el paso por debajo de los cinco torpederos y de la balsa.

En breves instantes recorrió el trayecto el barco que, después de haber evitado las cadenas de amarre de los torpederos remontó á la superficie, deteniéndose á pocos centímetros bajo el nivel del agua. Entonces, tras una virada completa en un espacio menor que su longitud, ó sea de menos de 5 metros, el *Goubet*, oblicuamente y manteniéndose sumergido al ras del agua, pasó entre la proa y la amarra de uno de los torpederos, y luego modificando su dirección se acercó á un buque inglés, el *Saint Margaret*, como si quisiera colocar un torpedo en su costado de babor, hecho lo cual se alejó y volvió á su amarradero: había estado sumergido 45 minutos.

Por la tarde se verificó también en la concha del Comercio, pero un poco más lejos que por la mañana, una segunda serie de pruebas más interesantes que las anteriores. La balsa había sido sujetada por 4 áncoras en el centro de la concha (fig. 4) y sustentaba una percha móvil de 5 metros de largo, *e*, con una banderita en la punta; percha que, provista de un contrapeso para levantarla, se mantenía debajo del agua por medio de un lastre sujeto á ella por un hilo: delante de la balsa había, además, sumergido á 4 metros de profundidad el hélice del *Korigan*, *f*, dispues-



Fig. 4. – El *Goubet* á flor de agua esperando en la rada la apertura de la concha. 1.° de febrero de 1890, á las doce del día. (De una fotografía.)



Una carrera de caballos en el teatro de la *Unión Square*, de Nueva York. (Aplicaciones de la electricidad.)

to de modo que pudiera subir y bajar á lo largo de los deslizadores instalados en aquélla; y finalmente, de trecho en trecho se sumergían pequeñas boyas con banderitas y retenidas por hilos atados á un lastre. El submarino, cuya presencia sólo indicaba el tubo óptico que se sumergía por instantes, siguió con exactitud absoluta la ruta de antemano señalada por M. Goubet, cortó el hilo que sostenía la percha, introdujo una barra de hierro en el hélice, pasó por entre las amarras de la balsa dejando debajo de ésta un torpedo sin carga de 102 kilogramos, y recorrió la concha buscando y cortando los hilos de todas las boyas sumergidas.

Esta última parte de las pruebas demostró las cualidades notables del *Goubet* en punto á maniobras, puesto que encontró en medio del agua todos los hilos que quería romper, volviendo atrás si alguna vez no lograba su intento.

Después de dos horas y media de pruebas, durante las cuales desde el interior del torpedero se lanzaban bolas de cristal que en caso necesario podían contener escritos, el *Goubet* remontó á la superficie, y entre los aplausos de la multitud entusiasmada salieron por la porta los dos tripulantes tan ágiles como antes de la inmersión.

Entonces se sacó el hélice y se vió entre sus alas una larga barra de hierro que imposibilitaba sus movimientos.

La impresión que estas pruebas produjeron en cuantos las presenciaron fué de que no podían ser más concluyentes.

G. VITOUX

(De *La Nature*)

***

LA CIENCIA EN EL TEATRO

LA ELECTRICIDAD APLICADA Á UNA ESCENA DE LAS CARRERAS DE CABALLOS

La distribución de la energía eléctrica que en tan grande escala se practica hoy en América ha modificado radicalmente los procedimientos de una porción de grandes y pequeñas industrias, no siendo la maquinaria escénica la última que haya de aprovecharse de la evolución hace apenas diez años iniciada. El ejemplo que hoy ofrecemos á nuestros lectores en apoyo de nuestro aserto corroborará una vez más la idea tan á menudo expresada, de que las estaciones centrales de distribución de la energía eléctrica se esfuerzan con sobrada frecuencia, y en nuestro sentir equivocadamente, en limitar su esfera de acción á la de simples estaciones centrales de alumbrado eléctrico. Cierto que por ahora es éste la principal salida del producto que tales estaciones fabrican y distribuyen, la energía eléctrica; pero convéngase en que con ser la principal no es la única y en que sería aventurado asegurar que será siempre la más importante, pues á esta aseveración se opone la inmensa variedad de aplicaciones á que con maravillosa facilidad se presta la corriente eléctrica. Así lo han comprendido los americanos, y por esto todas las estaciones establecidas según el sistema de las corrientes continuas distribuyen la corriente indistintamente para alimentar lámparas, motores ó cualesquiera otros aparatos de estilización, á gusto del consumidor.

El croquis que reproducimos representa una de las aplicaciones más nuevas y más interesantes de la distribución de la energía eléctrica á la tramoya escénica, aplicación que aprovecha las cualidades especiales de ligereza, movilidad y facilidad de funcionamiento de los motores eléctricos para producir un efecto escénico absolutamente nuevo, del todo inédito, que por su originalidad basta á asegurar el éxito de la pieza en que figura ese cuadro de sensación.

En el *Union Square Theatre* de Nueva York, los autores de una pieza titulada *The County Fair* (la feria de la comarca) han introducido en ella una verdadera carrera de caballos, escena que, gracias al concurso, hábilmente utilizado por el maquinista, de la electricidad, se representa con una fidelidad raras veces conseguida en el teatro. El efecto de ese cuadro es maravilloso, al decir de la prensa americana; para producirlo se empieza por dejar por unos instantes completamente á obscuras todo el teatro, y luego se hacen aparecer en el primer término del escenario y en una atmósfera luminosa los caballos corriendo á galope tendido y haciendo, al parecer, supremos esfuerzos para vencer en la carrera y recorrer el espacio con rapidez vertiginosa. Las vallas, los árboles, las colinas desaparecen detrás de ellos, y al fin de la carrera, cuando uno de los caballos se aproxima al *starter* venciendo por menos de una cabeza á sus competidores, todo vuelve á quedar durante unos segundos en completa obscuridad y en el siguiente cuadro iluminado los caballos terminan su carrera y desaparecen entre bastidores.

Estos efectos se logran merced á una inteligente aplicación de los motores eléctricos instalados en el escenario: uno de éstos arrolla la tela en que está pintado el paisaje que desfila ante los espectadores, otro desarrolla en el mismo sentido y con una velocidad conveniente un suelo continuo sobre el cual galopan los caballos sin separarse, sin embargo, del centro del teatro, debiéndose á la tela del fondo la ilusión de que realmente avanzan en su camino; otro hace correr la empalizada que limita la pista y que, como el piso, forma una cadena sin fin cuyas partes pasan periódicamente por delante del espectador; otro mueve un ventilador que lanza una gran corriente de aire á la cabeza de los caballos y de los jockeys y ahueca las blusas de éstos contribuyendo á aumentar la ilusión. La posibilidad de extinguir y encender instantáneamente todas las luces del teatro entra en no pequeña parte al logro del efecto producido. Toda la maniobra se ejecuta por medio de un cuadro director colocado á la derecha de la escena.

C. Burgless, maquinista jefe del referido teatro que ha tenido la feliz idea de adaptar á la tramoya la maquinaria eléctrica, es un partidario convencido de esta aplicación y, en su sentir, el empleo de motores eléctricos en los teatros, que permite concentrar en un solo individuo la dirección de todas las maniobras escénicas, simplificará mucho la maquinaria, dará á las maniobras mayor sencillez y rapidez y permitirá reducir la duración de los entreactos, ventaja cuya importancia apreciarán muy pronto los espectadores.

(De *La Nature*)

***

TRONCO DE ÁRBOL ENCONTRADO EN POMPEYA

Los grandes descubrimientos que se realizan en las excavaciones practicadas en Grecia, en las islas griegas y en el Asia Menor, donde tan espléndidas civilizaciones florecieron en la antigüedad, han quitado gran parte del interés que hasta hace poco tuvieron las que se hacían en las ciudades de la Campania, sepultadas bajo las lavas del Vesubio. Quizás también ha contribuído á ello el escaso valor artístico de los últimos hallazgos de Pompeya.

El hallazgo del tronco de laurel que reproducimos, que mide 3 metros de alto por 40 centímetros de diámetro, no ofrece por lo que es en sí nada de notable, pues nada de particular tiene que en Campania, donde tantos crecen en la actualidad, hubiera laureles cuando ocurrió la erupción del Vesubio que destruyó á Pompeya. Y sin embargo, como todo resto de un remoto pasado, tiene un encanto especial para el anticuario, tanto más, cuanto que es el único producto vegetal, que nosotros sepamos, que se ha encontrado en aquellos sitios, pues las ardientes lavas del volcán destruyeron los árboles y objetos de madera

Pero este tronco tiene, además, cierta importancia cronológica. A pesar del dato consignado por Plinio el Joven, según el cual la destrucción de Pompeya ocurrió en el mes de agosto, la opinión se ha inclinado generalmente á señalar como fecha de aquel suceso el mes de noviembre. Pues bien: el hallazgo del tronco de laurel confirma esta última hipótesis; en efecto, alrededor del tronco se han encontrado claramente impresas en la ceniza las huellas de hojas y frutos del laurel, y como los frutos de este árbol (*Laurus nobilis*) no suelen madurar hasta mediados de noviembre y no alcanzan en agosto el tamaño que las huellas indicadas señalan, de aquí que este sea un dato más en pro de aquella hipótesis que, cuando menos, dará lugar á un nuevo estudio de esa cuestión de fechas.

Junto al tronco se encontraron, como tan á menudo ha ocurrido en las excavaciones de Pompeya, los cadáveres de dos muchachas y de una mujer que probablemente fueron alcanzadas en su fuga por las cenizas del Vesubio y perecieron debajo de aquel árbol, que cubrió sus cuerpos con sus frutos y con sus hojas.

(De la *Illustrirte Zeitung*)

NUEVO DESINFECTANTE. – Dadas las precauciones sanitarias que se toman actualmente, no está de más hacer mención del *tiocamf*, nuevo desinfectante usado por los ingleses, y cuya composición no se conoce exactamente, aunque se sabe que es un líquido formado por la disolución en alcanfor de ácido sulfúrico



Tronco de árbol encontrado en Pompeya

gaseoso. Si se echa una corta cantidad de este líquido en un plato, sobreviene al punto un desprendimiento abundante de ácido sulfúrico mezclado con otros gases diferentes. El tiocamf es bastante barato y se fabrica en grande escala en Inglaterra.

TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPÉE

(CONTINUACIÓN)



María y Rosina, sentadas á sus pies, delante de una caja de cartón llena de perlas de vaso, las engarzan en un hilo para hacerse collares. Se está muy bien. Toda la habitación humea con la pipa del viejo grabador; y al lado, en el comedor, cuya puerta está entreabierta, Luisa con fresca voz canta al piano coplas que aconsonantan «Castilla» con «mantilla» y «andaluz» con «tragaluz», mientras que sus ágiles dedos arrancan al Erard desafinado un acompañamiento que pretende imitar los cascabeles y las castañuelas.

Esto pasa en el comedor en una radiante mañana de junio: la persiana del balcón está abierta y un moscardón zumba pesadamente encima del tiesto florido. Luisa está al piano, canta, y esta vez pretende encontrar las notas bajas de una canción dramática, en la que se trata de un hijo corso á quien su padre excita á la venganza:

¡Toma mi carabina!
Por ti velará Dios...

Es aquel un gran día: la mamá Gerard hace su dulce de grosella. Hay sobre la mesa una gran fuente llena. ¡Qué olor tan delicioso! El perfume de las rosas se mezcla al del hirviente azúcar. Por esto Rosina y María ¡golosas! entran en la cocina; sólo Luisa, que es una persona formal, no se distrae por tan poca cosa. Sigue cantando, procurando dar notas altas delante de Amadeo, estupefacto de admiración. Ella exclama con acento sombrío: *Hijo, he aquí mi odio, ¿quieres tú la mitad?* Entonces vuelven las enredadoras glotonas, con bigotes de color de rosa, relamiéndose voluptuosamente.

¡Ah! ¡Qué buenas horas para Amadeíto!

Ellas le consolaban de los interminables días de fastidio pasados en el colegio Batifol.

Después de haber hecho su «novena preparativa» bajo la dirección del indolente M. Tavernier, siempre ocupado en arreglarse las uñas con el minucioso cuidado de un literato chino, el niño había tenido por profesor de octavo á M. Montandeuil, pobre hombre embrutecido por treinta años de oficio, que se entregaba en secreto á la confección de tragedias en cinco actos, y que á fuerza de tomar y dejar sus manuscritos en la portería del Odeón, había concluído por casarse con la hija del portero y ser uno de los avisadores del teatro. Después, en séptimo, Amadeo había gemido bajo la tiranía de M. Prudhome, campesino barnizado de latín, de una violencia imbécil, lanzando en plena clase injurias de carretero. Al presente comenzaba su sexto bajo el cuidado de M. Bance, desgraciado joven de veinte años, feo, cojo y locamente tímido, á quien M. Batifol reprochaba severamente el no saber hacerse respetar, y que lloraba cuando por las mañanas entraba en su clase, demasiado turbulenta, encontrando y teniendo que borrar con un trapo su caricatura trazada en el encerado por uno de sus alumnos.

Los maestros grotescos y miserables, los escolares feroces y cínicos, las salas de las clases apestando á polvo y tinta, el lúgubre plátano del patio; todo entristecía y disgustaba á Amadeo en el colegio Batifol. Aunque muy inteligente, hubiérase hastiado de su instrucción servida en barreño como el rancho de los soldados, sin su amiguita Luisa Gerard que por natural bondad habíase constituído en su maestra de estudios y le guiaba y alentaba. Ella le repasaba los rudimentos de Lhomond y el diccionario de Alejandro, para ayudar al niño en su lucha con su *De viris*. Desgraciado el que no ha tenido en su infancia una falda al lado, una dulce influencia de mujer: conservará toda su vida restos de brutalidad en la inteligencia y de durareza en el corazón. Sin la excelente Luisa, Amadeo hubiera estado expuesto á este preligro. Pues muerta su madre, preciso es confesar que M. Violette descuidaba un poco á su hijo.

Porque el pobre viúdo no se consolaba.

Desde la muerte de su mujer había envejecido diez años, y el mechón de cabellos recalcitrante habíase vuelto gris. Figuraos que Lucía fué la sola alegría de la vida mediocre y obscura de aquel pobre emborrona-papel. Ella era tan bonita, tan dulce, tan mujer de su casa, tan instintivamente elegante, que todo la sentaba bien, y de una flor hacía una joya. M. Violette sólo existía en este querido y cruel recuerdo, haciendo revivir con el pensamiento su humilde y consolador idilio.

De esto hace diez años. Uno de sus compañeros del ministerio le llevó á pasar la noche á la habitación de un antiguo amigo que era capitán de inválidos: un buen hombre, que había perdido en Waterloo su brazo derecho. Fué padrino de Lucía. Viejo, solterón amable y alegre, se complacía en dar de vez en cuando veladas íntimas en su domicilio del cuartel, que era una especie de capilla bonapartista. Servíanse en ellas pasteles y vasos de ponche, y la madre de Lucía, que tenía parentesco lejano con el capitán, hacía los honores. M. Violette reparó en seguida en la joven, que estaba sentada y que tenía en la cabeza un clavel encarnado entre su peinado á lo *Batalla de las Pirámides*. Era en el rigor del verano, y á través de las ventanas abiertas veíanse la Explanada y los cañones que anuncian las victorias á la luz de una luna magnífica. Ya se había jugado á las preguntas y respuestas, y cuando llegó su turno á Lucía, ésta preguntó á monsieur Violette:

– ¿Qué flor le gusta á usted más?

Y él contestó balbuceando:

– El clavel.

Y luego, ¡con qué gracia sencilla, con qué pudor atractivo sirvió ella el te, yendo de acá para allá con una taza en la mano, seguida del viejo manco de charreteras de plata, que llevaba el azucarero!

Con objeto de verla, M. Violette hizo al inválido visita tras visita, pero las más veces sólo encontraba al capitán, que le contaba sus victorias y conquistas y el ataque del reducto de Borodino, en donde había sido condecorado. E imitaba la voz de trueno de Murat, cuando el rey de Nápoles, dominándolos á todos, gritaba para hacer cargar á los escuadrones.

Por fin, un hermoso domingo de otoño, bajo un cielo de un azul pálido, M. Violette pudo hallarse solo un instante con la joven en el jardín de los inválidos.

Sentóse en el banco de piedra, al lado de Lucía, y la declaró su amor, mientras el caporal de bronce clavaba en él su persistente mirada. Ella, poseída de deliciosa turbación, le dijo: «Hable usted á mamá», y bajó los ojos, como mirando al macizo de margaritas que diseñaba la cruz de la Legión de Honor...

¡Y todo esto había acabado, se había perdido para siempre! El capitán había muerto, y la madre de Lucía también. Y... también Lucía, su bien amada Lucía; después de haberle dado durante seis años, ¡sí, seis años!, una dicha sin nubes.

De seguro que no volverá á casarse. ¡Oh! ¡Jamás! Ni mucho menos tendrá nunca querida. Para él no ha existido ni existirá mujer alguna más que la pobre bien amada que duerme allá abajo en el cementerio Montparnaso, y cuya tumba va él á visitar todos los domingos, llevando una regaderita oculta debajo del paletó.



Recuerda con un estremecimiento de disgusto que pocos meses después de la muerte de Lucía, una tarde sofocante de julio, estando él sentado en un banco del Luxemburgo, oyendo distraído los tambores de la retreta, una mujer habíase sentado á su lado y le miraba con fijeza. Luego aquella mujer le llenó de sorpresa cuando le preguntó con un acento entre tímido y descarado: «¿Está usted tomando el fresco?» hasta que concluyó por decirle: «Venga usted á mi casa.» El la siguió; pero apenas hubo entrado, representósele todo su pasado, y sintiéndose como ahogado de vergüenza, se dejó caer en una silla, sollozando y tapándose la cara con las manos. Era tan intenso su dolor, que por un instinto de piedad feme-

nina, aquella desventurada le tomó la cabeza entre sus brazos, diciéndole para consolarle: «Llora, llora: eso te desahogará», y al mismo tiempo le mecía como á un niño.

El pudo por fin desasirse de aquella caricia que le avergonzaba. Dejó sobre la cómoda el poco dinero que tenía; huyó, entró en su casa, se metió en la cama, y allí, solo, pudo llorar y morder su almohada. ¡Qué horrible recuerdo!

No, nada de mujer, nada de querida, nada. Ahora su pena era su mujer, y dormía pensando en ella.

Sobre todo el despertar del viudo era dolorosísimo; aquel despertar solitario en aquella cama en que sólo había una almohada. Allí era donde en otro tiempo veía todas las mañanas á su querida Lucía, gozando del exquisito placer de de verla dormir. Porque á ella no la gustaba madrugar, por lo que él algunas veces la había reñido en chanza. ¡Qué calma en aquel rostro tan fino y tan dulce, con los ojos cerrados; descansando tranquila con los cabellos en desorden! ¡Qué castidad en el abandono de aquel cuerpo joven y encantador! Había sacado uno de los brazos por encima de las mantas, y el cuello de la camisa se había caído descubriendo la esbelta espalda y el nacimiento de una suave garganta. Con el calor de la cama, ella exhalaba un olor tibio y vivificador, parecido al perfume de una flor de carne. El se inclinaba sobre su boca entreabierta para respirarla y sentía tierno orgullo nupcial cuando pensaba que era su esposa y compañera de lecho aquella deliciosa criatura casi infantil, y que su corazón, cuyas palpitaciones sentía, habíasele entregado para siempre. No podía contenerse, y rozaba con sus labios los de la joven dormida: ella se estremecía al contacto del beso, abría entonces los ojos en los que el asombro del despertar se trocaba en seguida, bajo la mirada del esposo, en una sonrisa dichosa... ¡Oh momentos de placer inefable!... Pero á pesar de todo, era preciso tener juicio, acordarse de que la lechera había colgado desde muy temprano en la puerta de la escalera el jarro con la leche, que no había lumbre encendida, que él debía presentarse temprano en la oficina, con tanto mayor motivo por cuanto se aproximaba la época de las gratificaciones. Así, pues, daba otro beso á Lucía soñolienta, que había vuelto á cerrar los ojos, diciéndola con acento cariñoso: «Vamos, hija mía, son los ocho y média. ¡Arriba, arriba, perezosilla!»

¿Cómo consolarse de tales bienes perdidos? Tenía un hijo. ¡Bien, sí, y le amaba mucho! Pero la vista de Amadeo redoblaba el disgusto de M. Violette, porque el niño, que crecía, se parecía cada día más á su pobre madre.

IV

Tres ó cuatro veces al año, M. Violette, acompañado de su hijo, hacía una visita á un tío de su difunta, á quien Amadeo podría heredar algún día.

M. Isidoro Gaufre había fundado y desde veinte años hacía prosperar una gran librería y almacén de estampas católicas, á la que añadió pronto un importante depósito de objetos religiosos de todas clases. *El barato de las parroquias*, célebre entre todo el clero francés, fué invadiendo poco á poco la parte principal y las dependencias de un antiguo edificio de la calle Servandoni, construído con el estilo pomposo y magnífico de fines del siglo XVII. La mayor parte del día, eclesiásticos ó personas con aspecto de tales subían los escalones de la noble gradería que conducía á un espacioso piso casi bajo, que recibía la luz por grandes ventanas sobres las cuales lucían sencillos adornos alternados con simétricos y enormes mascarones. Allí, el misionero de luenga barba, antes de embarcarse para las costas del Gabón ó para el extremo Oriente, venía á comprar su repuesto de escapularios y rosarios de coral falso, destinados á convertir á los negros y á los chinos; el miembro de la Orden Tercera, envuelto en una larga levita de color de chocolate, apretando entre sus brazos un gigantesco paraguas; se procuraba, á poco precio y por millares, folletos de propaganda religiosa; el cura de aldea, de paso en París, compraba un terno ó un incensario de plaqué de género bizantino, firmando pagaré á largo plazo, contrayendo esta deuda por celo y esperando solventarla con ayuda de la generosidad de los fieles. También solían visitar la casa algún joven confesor que venía á buscar alguna obra fina de devoción, destinada á algún penitente, por ejemplo, la titulada: *Las lágrimas de la viudez enjugadas por San Francisco de Sales*, ó bien el candidato á la diputación de un país católico, pidiendo una remesa de *Los doce caminos de la Cruz*, espantosamente ilustrados, que destinaba como regalo á las parroquias donde sus adversarios le habían acusado de ser volteriano.

A estos compradores agregábanse el hermano de la doctrina cristiana, ó la hermana de San Vicente de Paúl, que necesitaban para sus escuelas catecismos y otros libros edificantes. También, de vez en cuando, un príncipe de la iglesia, un obispo de aspecto aristocrático, envuelto en su amplia capa, con su sombrero romano verde y oro, encerrábase misteriosamente con M. Isidoro Gaufre en el gabinete de este último, y volvía á salir acompañado hasta la gradería por el dueño del establecimiento, que le prodigaba toda clase de saludos y reverencias, inclinándose obsequiosamente para recibir la altiva bendición de aquellas manos cubiertas con guantes morados.

No era seguramente por simpatía por lo que M. Violette había conservado sus relaciones con el tío de su mujer, porque M. Gaufre, cortésmente servil para todos los que podían servirle de algo, se presentaba voluntariamente desdeñoso con los que creía no necesitar. Cuando vivía su sobrina, ocupábase muy poco de ella, y sólo la había dado, como regalo de boda, un crucifijo de marfil con pililla para el agua bendita, que el comerciante de objetos para el culto fabricaba por mayor para uso de los conventos. Hijo de sus obras, y habiendo hecho, según se decía, una fortuna considerable, M. Gaufre tenía en mediana estima á aquel pobre diablo de empleado, cuyo ascenso era tan lento, y que debía ser, sin duda, perezoso é incapaz. Por el modo de ser recibido en la casa de la calle Servandoni, M. Violette comprendía el triste concepto que merecía al «explota-Dios», como él llamaba al comerciante, y si volvía, reprimiendo su natural orgullo, era únicamente por su hijo, porque M. Gaufre era rico y no joven; y ¡quién sabe!, podría ser que no olvidara en su testamento á su sobrino Amadeo.

Convenía que viese al niño de vez en cuando, y M. Violette, por deber paternal, se condenaba tres ó cuatro veces al año al fastidio de una visita al *Barato de las parroquias*.

No obstante, las esperanzas que abrigaba respecto á la herencia de M. Gaufre eran muy problemáticas; porque el empleado á quien el director del bazar



sagrado invitaba alguna vez á comer por compromiso, había reparado con sorpresa en el tono despótico y familiar de la criada de la casa, soberbia normanda, de veinticinco años de edad y que respondía al real nombre de Berenice. Los modales impertinentes de esta bella y robusta comadre descubrían en ella una favorita, así como también las chispas de diamantes que brillaban en sus pendientes; y de seguro, esta mujer vigilaría el testamento de su amo sexagenario, de cuello apoplético, y que solía quedarse algo amodorrado después de comer.

M. Gaufre, aunque pertenecía á la fábrica de San Sulpicio y cumplía todos sus deberes religiosos, siempre había sido aficionado á relacionarse con sus fámulas. Su mujer, muerta hacía diez años, fué en vida una de esas desdichadas de las que dice la voz popular: «Esa pobre señora es digna de compasión: no puede hacer carrera de sus criadas.» En balde había buscado en el confín de las provincias pobres muchachas, feas y de buena reputación: flamencas, niverneses, alsacianas, picardas, y hasta una joven del Bocaire, que había obtenido el premio de virtud; todas fueron implacablemente devoradas por el minotauro de la calle Servandoni. Todas fueron puestas en la calle, con un concienzudo par de bofetones administrados por la esposa justamente irritada, y afortunadamente para M. Gaufre, ninguna de esas Agar le dió un Ismael. Habiéndose quedado viudo, el persigue-fregonas pudo entregarse con toda seguridad, pero sin escándalo, á su pasión por las criadas; y nuevas campesinas, peinadas de un modo extraño, respondieron favorablemente, en diversos sentidos, á sus culpables proposiciones. Unas trenzas alsacianas reinaron seis meses, una caperuza bretona más de un año; pero por fin, sucedió lo que fatalmente debía suceder. El monogamo que dormita en cada libertino se despertó, y la bella Berenice aprisionó definitivamente en sus cadenas al voluble M. Gaufre que con la edad se volvió constante. Ella era, pues, reina absoluta en la casa, en la que se imponía doblemente por su maciza belleza y por su notable talento culinario; y como observaba que después de cada comida se congestionaba el semblante de su amo, debió seguramente pensar en el porvenir. Todo era, pues, de temer por este lado. ¿Quién podría responder de que M. Gaufre, después de todo, muy devoto, no tuviese el mejor día escrúpulos de conciencia y no concluyera por un casamiento *in extremis*?

M. Violette comprendía todo esto, no obstante procuraba que Amadeo no fuera olvidado por su viejo pariente, y algunas veces, pocas, salía del ministerio antes que de costumbre, iba á buscar á su hijo á la salida del colegio Batifol y le llevaba á la calle Servandoni.

Los vastos salones transformados en almacenes, en cuyas olvidadas mamparas veíanse todavía restos de pinturas representando pastores que ofrecían á sus pastoras un par de pichones, eran siempre para Amadeo causas de curiosidad y sorpresa.

(Continuará.)

NUESTROS GRABADOS

El cepillo de las ánimas, fragmento de un cuadro de D. José Benlliure. – La figura no puede ser más exacta, el tipo es simpático en alto grado, y difícilmente cabe encontrar mayor naturalidad en la expresión: consignado esto, que es lo que desde luego nos sugiere la contemplación del trabajo del Sr. Benlliure, casi huelgan todas las demás observaciones que un examen detenido podría inspirarnos, tanto más, cuanto que el artista de quien es la obra que nos ocupa es de aquellos cuyos trabajos resisten victoriosamente al análisis más minucioso y descubren á cada nueva investigación una nueva belleza. ¿A qué cansarnos, pues, en descender á detalles que de sobra descubrirá el buen gusto de nuestros lectores?

El delicioso monaguillo que tan bien sabe pedir por las benditas ánimas del purgatorio es sólo un fragmento del cuadro que está pintando nuestro paisano en Roma; si es cierto, como no puede menos de serlo en el presente caso, que para muestra basta un botón, ¡qué tal será la obra en que actualmente trabaja el Sr. Benlliure!

Llamo para un bautizo, cuadro de Chevillard. – ¡Vaya un compromiso para el sacerdote! ¿Pues no se le ha ocurrido á la chiquilla llamar á su puerta, distraerle quizás de sus oraciones y con toda formalidad suplicarle que administre el agua del bautismo al muñeco que trae entre brazos? La verdad es que esos niños justifican á veces el mote de terribles con que, más en Francia que en España, se suele designar á algunos de ellos. ¡Mire V. que es ocurrencia! Por fortuna el señor cura se tiene aprendida de memoria y en toda ocasión practica la hermosa máxima del Redentor «dejad venir á mí los niños», y á buen seguro que sin faltar á los deberes de su sagrado ministerio, sin convertir en cosa de juego el primero de los sacramentos, sabrá arreglárselas de modo que la muchachita salga de su humilde casa llevando un error menos en su tierna inteligencia y una buena semilla más en su alma.

Y dejando ya el fondo de la cosa para fijarnos en la forma con que ha sabido expresar tan sencillo asunto el autor de *Para un bautizo*, hemos de confesar que en grave aprieto nos pondría quien nos obligara á buscar tildes en este cuadro. ¿Será que realmente no los tiene? ¿Será que lo simpático del pensamiento influye en nosotros cuando queremos apreciar las cualidades de la ejecución? Difícil nos sería contestar categóricamente á estas preguntas; y, sin embargo, si nos paramos á examinar la actitud de la niña cuya cara adivinamos sin verla, la figura del bondadoso clérigo cuyo risueño semblante es fiel espejo de un corazón de oro, y el lugar de la escena, humilde vivienda sombreada por florida enredadera, casi nos atreveríamos, sin negar rotundamente lo segundo, á afirmar lo primero sin temor á que se nos tachara de exagerados optimistas.

La Revolución, grupo destinado al monumento que en honor de Garibaldi se levantará en Milán, escultura de Héctor Jiménez. – Desde que su proyecto para el monumento á Garibaldi fué premiado en reñido concurso, el notable escultor, que es director de la Academia de Bellas Artes de Urbino y que tiene en esa ciudad su estudio, trabaja sin descanso para desarrollar su boceto en grandes proporciones. De los dos grupos, la *Revolución* y la *Libertad*, que han de alzarse á los dos lados del basamento del grandioso monumento ecuestre, ha terminado Jiménez el primero, que ha sido aprobado recientemente por la comisión censora y que en breve será fundido en bronce.

Dicho grupo se compone, como puede verse por el notable grabado de Mancastroppa que reproducimos, de dos figuras simbólicas: el león, que en todas partes ha sido adoptado por la escultura monumental para representar la fuerza popular, y una figura de mujer, símbolo de la Revolución.

Esta sólo podía ser representada por medio de una figura ideal que se apartara de todo exclusivismo de clase, de tiempo y de carácter y evitara al propio tiempo todo aspecto de brutalidad y de violencia. Jiménez ha logrado este objeto por medio de una joven bellísima de esbeltas formas, que corresponden perfectamente á la idea que á toda revolución noble y levantada debe presidir: ningún defecto turba la belleza clásica de esa hermosa figura, que con su expresión parece excitar á la batalla y dar el grito agudo que domina el fragor de las armas y comunica ardimiento al débil, convirtiendo al fuerte en héroe invencible.

La isla de Helgoland. – La cesión de Helgoland que Inglaterra acaba de hacer á Alemania á cambio de un derecho de protectorado y de ocupación en ciertas regiones del Africa ecuatorial, ha hecho que se fije la atención de Europa en dicha isla, que en rigor no es otra cosa sino un peñasco perdido en el mar del Norte.

Dista de Hamburgo cinco horas de navegación y tiene 200 metros de largo por 670 de ancho. Esta «Tierra de los Bancos inundados» – que tal es la significación probable del nombre primitivo Hallaglun (Hallig-Land) – se halla sin duda en aguas germánicas, dice E. Reclus, puesto que está separada de los bancos de arena del Eider, al E., por fondos de 16 metros de profundidad únicamente; pero los ingleses se la arrebataron á Dinamarca en 1807, y desde entonces no se han cuidado de devolver esa «piedra de la patria alemana» á los conquistadores del Schleswig. Cuando se apoderaron de ella, Helgoland tenía gran importancia estratégica para los ingleses, á causa del abrigo que la fila de escollos y de médanos que protege la isla de la marejada del NE. ofrecía á sus buques. Estos arrecifes, que forman un semicírculo muy extenso, llevan el antiguo nombre de Brunnen, palabra que, según algunos etimologistas, debe significar «escudo;» constituyendo unos escollos peligrosos para los marinos que no conocen las aguas de la isla, y que sirven en efecto de rompeolas, formando con la roca del Oeste dos radas, una abierta al NE. y otra al SE. Se han hecho relatos muy exagerados acerca de la demolición rápida de Helgoland; pero lo cierto es que á fines del siglo décimoséptimo la isla principal estaba unida por un istmo á la cadena de los arrecifes orientales, y en estos hay peñas de 60 metros de altura. Algunos siglos antes, las dos islas, es decir, la de Helgoland y la de Sandy, inmediata á ella, que formaban una sola tierra, ocupaban sin duda una extensión mucho mayor, como lo prueban los testimonios unánimes de los antiguos cronistas. Según Adam de Brema, esta tierra, cuya superficie es hoy tan reducida que no se presta al cultivo, era «muy fértil y rica en cereales, en ganados y en aves;» y en algunos mapas, trazados á decir verdad sin ninguna precisión en sus contornos, se da á Helgoland una superficie cien veces mayor que la que la atribuyen los trazados más exactos de nuestros días.

Los fósiles modernos, tanto los terrestres como los de agua dulce, que se encuentran en las arcillas de los fondos marinos y de los arrecifes circundantes, prueban que en la tierra había una fauna verdaderamente continental.

En nuestros días, Helgoland ha perdido todas las capas de creta que la rodeaban en otro tiempo; sólo ha conservado un núcleo de piedra dura en la que con dificultad hacen mella las olas; no es ya más que una roca, pero roca soberbia, cuyos estratos, de asperón abigarrado, casi horizontales y esculpidos de muy diversos modos por las lluvias, el viento, el sol, el aire salino, brillan con colores muy marcados, verde, pardo y encarnado fuerte.

En el extremo oriental de la isla hay un pueblecillo de pilotos, pescadores y bañistas que se despuebla poco á poco (en 1860 tenía cerca de 3.000 habitantes y hoy apenas pasa de 2.000), ocupa una playa estrecha y se encarama en la roca; unos cuantos barcos se balancean en la rada; mientras que á un largo los grandes buques pasan de continuo por las vías marítimas de Brema y de Hamburgo. Tal vez los fenómenos volcánicos sean causa en cierto modo de la destrucción de la antigua tierra de Hallaglun. Dícese que el 13 de junio de 1833 y el 5 de junio de 1858 el mar de Helgoland se levantó hirviendo como si lo hubiera calentado un foco de lavas submarinas.

El número de habitantes que acabamos de indicar es el normal, pero en verano la isla recibe un aumento de 12.000 á 15.000 personas que acuden á tomar baños de mar.

Aparte de la explotación de estos forasteros, la población vive principalmente de la pesca. En las rocas de la orilla se cogen anualmente 30.000 langostas, y el producto total de las pesquerías es de unas 200.000 pesetas anuales.

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

* * *

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

LA ISLA DE HELGOLAND, CEDIDA RECIEN TEMENTE POR INGLATERRA Á ALEMANIA

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN